

Antología de Relatos

2º ESO



Departamento de Lengua Castellana y Literatura

ÍNDICE

Giovanni Boccaccio	
Los tres anillos.....	3
Don Juan Manuel, <i>El conde Lucanor</i>	
Lo que sucedió a una mujer que se llamaba doña Truhana.....	4
Hermanos Grimm	
Los tres pelos de oro del Diablo.....	5
Edgar Allan Poe	
El corazón delator.....	9
Robert Louis Stevenson	
El diablo en la botella.....	12
Gustavo Adolfo Bécquer	
Los ojos verdes.....	29
Guy de Maupassant	
El collar.....	33
Anton Chejov	
Vanka.....	39
Horacio Quiroga	
La tortuga gigante.....	42
Roald Dahl	
El hombre del sur.....	45
Sait Faik	
Los últimos pájaros.....	52

Los tres anillos, Giovanni Boccaccio

Años atrás vivió un hombre llamado Saladino, cuyo valor era tan grande que llegó a sultán de Babilonia y alcanzó muchas victorias sobre los reyes sarracenos y cristianos. Habiendo gastado todo su tesoro en diversas guerras y en sus incomparables magnificencias, y como le hacía falta, para un compromiso que le había sobrevenido, una fuerte suma de dinero, y no veía de dónde lo podía sacar tan pronto como lo necesitaba, le vino a la memoria un acaudalado judío llamado Melquisedec, que prestaba con usura en Alejandría, y creyó que éste hallaría el modo de servirle, si accedía a ello; mas era tan avaro, que por su propia voluntad jamás lo habría hecho, y el sultán no quería emplear la fuerza; por lo que, apremiado por la necesidad y decidido a encontrar la manera de que el judío le sirviese, resolvió hacerle una consulta que tuviese las apariencias de razonable. Y habiéndolo mandado llamar, lo recibió con familiaridad y lo hizo sentar a su lado y después le dijo:

—Buen hombre, a muchos he oído decir que eres muy sabio y muy versado en el conocimiento de las cosas de Dios, por lo que me gustaría que me dijeras cuál de las tres religiones consideras que es la verdadera: la judía, la mahometana o la cristiana.

El judío, que verdaderamente era sabio, comprendió de sobra que Saladino trataba de atraparle en sus propias palabras para hacerle alguna petición, y discurrió que no podía alabar a una de las religiones más que a las otras si no quería que Saladino consiguiera lo que se proponía. Por lo que, aguzando el ingenio, se le ocurrió lo que debía contestar y dijo:

—Señor, intrincada es la pregunta que me haces, y para poderte expresar mi modo de pensar, me veo en el caso de contarte la historia que vas a oír. Si no me equivoco, recuerdo haber oído decir muchas veces que en otro tiempo hubo un gran y rico hombre que, entre otras joyas de gran valor que formaban parte de su tesoro, poseía un anillo hermosísimo y valioso, y que queriendo hacerlo venerar y dejarlo a perpetuidad a sus descendientes por su valor y por su belleza, ordenó que aquel de sus hijos en cuyo poder, por legado suyo, se encontrase dicho anillo, fuera reconocido como su heredero, y debiera ser venerado y respetado por todos los demás como el mayor. El hijo a quien fue legada la sortija mantuvo semejante orden entre sus descendientes, haciendo lo que había hecho su antecesor, y en resumen: aquel anillo pasó de mano en mano a muchos sucesores, llegando por último al poder de uno que tenía tres hijos bellos y virtuosos y muy obedientes a su padre, por lo que éste los amaba a los tres de igual manera. Y los jóvenes, que sabían la costumbre del anillo, deseoso cada uno de ellos de ser el honrado entre los tres, por separado y como mejor sabían, rogaban al padre, que era ya viejo, que a su muerte les dejase aquel anillo. El buen hombre, que de igual manera los quería a los tres y no acertaba a decidirse sobre cuál de ellos sería el elegido, pensó en dejarlos contentos, puesto que a cada uno se lo había prometido, y secretamente encargó a un buen maestro que hiciera otros dos anillos tan parecidos al primero que ni él mismo, que los había mandado hacer, conociese cuál era el verdadero. Y llegada la hora de su muerte, entregó secretamente un anillo a cada uno de los hijos, quienes después de que el padre hubo fallecido, al querer separadamente tomar posesión de la herencia y el honor, cada uno de ellos sacó su anillo como prueba del derecho que razonablemente lo asistía. Y al hallar los anillos tan semejantes entre sí, no fue posible conocer quién era el verdadero heredero de su padre, cuestión que sigue pendiente todavía. Y esto mismo te digo, señor, sobre las tres leyes dadas por Dios Padre a los tres pueblos que son el objeto de tu pregunta: cada uno cree tener su herencia, su verdadera ley y sus mandamientos; pero en esto, como en lo de los anillos, todavía está pendiente la cuestión de quién la tenga.

Saladino conoció que el judío había sabido librarse astutamente del lazo que le había tendido, y, por lo tanto, resolvió confiarle su necesidad y ver si le quería servir; así lo hizo, y le confesó lo que había pensado hacer si él no le hubiese contestado tan discretamente como lo había hecho. El judío entregó generosamente toda la suma que el sultán le pidió, y éste, después, lo satisfizo por entero, lo cubrió de valiosos regalos y desde entonces lo tuvo por un amigo al que conservó junto a él y lo colmó de honores y distinciones.

Cuento VII: Lo que sucedió a una mujer que se llamaba doña Truhana, El Conde Lucanor, Don Juan Manuel

Otra vez estaba hablando el Conde Lucanor con Patronio de esta manera:

-Patronio, un hombre me ha propuesto una cosa y también me ha dicho la forma de conseguirla. Os aseguro que tiene tantas ventajas que, si con la ayuda de Dios pudiera salir bien, me sería de gran utilidad y provecho, pues los beneficios se ligan unos con otros, de tal forma que al final serán muy grandes.

Y entonces le contó a Patronio cuanto él sabía. Al oírlo Patronio, contestó al conde:

-Señor Conde Lucanor, siempre oí decir que el prudente se atiene a las realidades y desdeña las fantasías, pues muchas veces a quienes viven de ellas les suele ocurrir lo que a doña Truhana.

El conde le preguntó lo que le había pasado a ésta.

-Señor conde -dijo Patronio-, había una mujer que se llamaba doña Truhana, que era más pobre que rica, la cual, yendo un día al mercado, llevaba una olla de miel en la cabeza. Mientras iba por el camino, empezó a pensar que vendería la miel y que, con lo que le diesen, compraría una partida de huevos, de los cuales nacerían gallinas, y que luego, con el dinero que le diesen por las gallinas, compraría ovejas, y así fue comprando y vendiendo, siempre con ganancias, hasta que se vio más rica que ninguna de sus vecinas.



»Luego pensó que, siendo tan rica, podría casar bien a sus hijos e hijas, y que iría acompañada por la calle de yernos y nueras y, pensó también que todos comentarían su buena suerte pues había llegado a tener tantos bienes aunque había nacido muy pobre.

»Así, pensando en esto, comenzó a reír con mucha alegría por su buena suerte y, riendo, riendo, se dio una palmada en la frente, la olla cayó al suelo y se rompió en mil pedazos. Doña Truhana, cuando vio la olla rota y la miel esparcida por el suelo, empezó a llorar y a lamentarse muy amargamente porque había perdido todas las riquezas que esperaba obtener de la olla si no

se hubiera roto. Así, porque puso toda su confianza en fantasías, no pudo hacer nada de lo que esperaba y deseaba tanto.

»Vos, señor conde, si queréis que lo que os dicen y lo que pensáis sean realidad algún día, procurad siempre que se trate de cosas razonables y no fantasías o imaginaciones dudosas y vanas. Y cuando quisiereis iniciar algún negocio, no arriesguéis algo muy vuestro, cuya pérdida os pueda ocasionar dolor, por conseguir un provecho basado tan sólo en la imaginación.

Al conde le agradó mucho esto que le contó Patronio, actuó de acuerdo con la historia y, así, le fue muy bien.

Y como a don Juan le gustó este cuento, lo hizo escribir en este libro y compuso estos versos:

*En realidades ciertas os podéis confiar,
mas de las fantasías os debéis alejar.*

Los tres pelos de oro del diablo, Hermanos Grimm

Érase una vez una mujer muy pobre que dio a luz un niño. Como el pequeño vino al mundo envuelto en la tela de la suerte, predijéronle que al cumplir los catorce años se casaría con la hija del Rey. Ocurrió que unos días después el Rey pasó por el pueblo, sin darse a conocer, y al preguntar qué novedades había, le respondieron:

—Uno de estos días ha nacido un niño con una tela de la suerte. A quien esto sucede, la fortuna lo protege. También le han pronosticado que a los catorce años se casará con la hija del Rey.

El Rey, que era hombre de corazón duro, se irritó al oír aquella profecía y, yendo a encontrar a los padres, les dijo con tono muy amable:

—Vosotros sois muy pobres; dejadme, pues, a vuestro hijo, que yo lo cuidaré.

Al principio, el matrimonio se negaba, pero al ofrecerles el forastero un buen bolso de oro, pensaron: «Ha nacido con buena estrella; será, pues, por su bien» y, al fin, aceptaron y le entregaron el niño.

El Rey lo metió en una cajita y prosiguió con él su camino, hasta que llegó al borde de un profundo río. Arrojó al agua la caja, y pensó: «Así he librado a mi hija de un pretendiente bien inesperado». Pero la caja, en lugar de irse al fondo, se puso a flotar como un barquito, sin que entrara en ella ni una gota de agua. Y así continuó, corriente abajo, hasta cosa de dos millas de la capital del reino, donde quedó detenida en la presa de un molino. Uno de los mozos, que por fortuna se encontraba presente y la vio, sacó la caja con un gancho, creyendo encontrar en ella algún tesoro. Al abrirla ofrecióse a su vista un hermoso chiquillo, alegre y vivaracho. Llevólo el mozo al molinero y a su mujer, quienes, como no tenían hijos, exclamaron:

—¡Es Dios que nos lo envía!

Y cuidaron con todo cariño al niño abandonado, el cual creció en edad, salud y buenas cualidades.

He aquí que un día el Rey, sorprendido por una tempestad, entró a guarecerse en el molino y preguntó a los molineros si aquel guapo muchacho era hijo suyo.

—No —respondieron ellos—, es un niño expósito; hace catorce años que lo encontramos en una caja, en la presa del molino.

Comprendió el Rey que no podía ser otro sino aquel niño de la suerte que había arrojado al río, y dijo.

—Buena gente, ¿dejaríais que el chico llevara una carta mía a la Señora Reina? Le daré en pago dos monedas de oro.

—¡Como mande el Señor Rey! —respondieron los dos viejos, y mandaron al mozo que se preparase. El Rey escribió entonces una carta a la Reina, en los siguientes términos: «En cuanto se presente el muchacho con esta carta, lo mandarás matar y enterrar, y esta orden debe cumplirse antes de mi regreso».

Púsose el muchacho en camino con la carta, pero se extravió, y al anochecer llegó a un gran bosque. Vio una lucecita en la oscuridad y se dirigió allí, resultando ser una casita muy pequeña. Al entrar sólo había una anciana sentada junto al fuego, la cual asustóse al ver al mozo y le dijo:

—¿De dónde vienes y adónde vas?

—Vengo del molino —respondió él— y voy a llevar una carta a la Señora Reina. Pero como me extravié, me gustaría pasar aquí la noche.

—¡Pobre chico! —replicó la mujer—. Has venido a dar en una guarida de bandidos, y si vienen te matarán.

—Venga quien venga, no tengo miedo —contestó el muchacho—. Estoy tan cansado que no puedo dar un paso más— y, tendiéndose sobre un banco, se quedó dormido en el acto.

Al poco llegaron los bandidos y preguntaron, enfurecidos, quién era el forastero que allí dormía.

—¡Ay! —dijo la anciana—, es un chiquillo inocente que se extravió en el bosque; lo he acogido por compasión. Parece que lleva una carta para la Reina.

Los bandoleros abrieron el sobre y leyeron el contenido de la carta, es decir, la orden de que se diera muerte al mozo en cuanto llegara. A pesar de su endurecido corazón, los ladrones se apiadaron, y el capitán rompió la carta y la cambió por otra en la que ordenaba que al llegar el muchacho lo casasen con la hija del Rey. Dejaronlo luego descansar tranquilamente en su banco hasta la mañana, y, cuando se despertó, le dieron la carta y le mostraron el camino. La Reina, al recibir y leer la misiva, se apresuró a cumplir lo que en ella se le mandaba: Organizó una boda magnífica, y la princesa fue unida en matrimonio al favorito de la fortuna. Y como el muchacho era guapo y apuesto, su esposa vivía feliz y satisfecha con él. Transcurrido algún tiempo, regresó el Rey a palacio y vio que se había cumplido el vaticinio: el niño de la suerte se había casado con su hija.

—¿Cómo pudo ser eso? —preguntó—. En mi carta daba yo una orden muy distinta.

Entonces la Reina le presentó el escrito, para que leyera él mismo lo que allí decía. Leyó el Rey la carta y se dio cuenta de que había sido cambiada por otra. Preguntó entonces al joven qué había sucedido con el mensaje que le confiara, y por qué lo había sustituido por otro.

—No sé nada —respondió el muchacho—. Debieron cambiármela durante la noche, mientras dormía en la casa del bosque.

—Esto no puede quedar así —dijo el Rey encolerizado—. Quien quiera conseguir a mi hija debe ir antes al infierno y traerme tres pelos de oro de la cabeza del diablo. Si lo haces, conservarás a mi hija.

Esperaba el Rey librarse de él para siempre con aquel encargo; pero el afortunado muchacho respondió:

—Traeré los tres cabellos de oro. El diablo no me da miedo—. Se despidió de su esposa y emprendió su peregrinación.

Condujolo su camino a una gran ciudad; el centinela de la puerta le preguntó cuál era su oficio y qué cosas sabía.

—Yo lo sé todo —contestó el muchacho.

—En este caso podrás prestarnos un servicio —dijo el guarda—. Explícanos por qué la fuente de la plaza, de la que antes manaba vino, se ha secado y ni siquiera da agua.

—Lo sabréis —afirmó el mozo—, pero os lo diré cuando vuelva.

Siguió adelante y llegó a una segunda ciudad, donde el guarda de la muralla le preguntó, a su vez, cuál era su oficio y qué cosas sabía.

—Yo lo sé todo —repitió el muchacho.

—Entonces puedes hacernos un favor. Dinos por qué un árbol que tenemos en la ciudad, que antes daba manzanas de oro, ahora no tiene ni hojas siquiera.

—Lo sabréis —respondió él—, pero os lo diré cuando vuelva.

Prosiguiendo su ruta, llegó a la orilla de un ancho y profundo río que había de cruzar. Preguntóle el barquero qué oficio tenía y cuáles eran sus conocimientos.

—Lo sé todo —respondió él.

—Siendo así, puedes hacerme un favor —prosiguió el barquero—. Dime por qué tengo que estar bogando eternamente de una a otra orilla, sin que nadie venga a relevarme.

—Lo sabrás —replicó el joven—, pero te lo diré cuando vuelva.

Cuando hubo cruzado el río, encontró la entrada del infierno. Todo estaba lleno de hollín; el diablo había salido, pero su ama se hallaba sentada en un ancho sillón.

—¿Qué quieres? —preguntó al mozo; y no parecía enfadada.

—Quisiera tres cabellos de oro de la cabeza del diablo —respondióleél—, pues sin ellos no podré conservar a mi esposa.

—Mucho pides —respondió la mujer—. Si viene el diablo y te encuentra aquí, mal lo vas a pasar. Pero me das lástima; veré de ayudarte.

Y, transformándolo en hormiga, le dijo:

—Disimúlate entre los pliegues de mi falda; aquí estarás seguro.

—Bueno —respondió él—, no está mal para empezar; pero es que, además, quisiera saber tres cosas: por qué una fuente que antes manaba vino se ha secado y no da ni siquiera agua; por qué un árbol que daba manzanas de oro no tiene ahora ni hojas, y por qué un barquero ha de estar bogando sin parar de una a otra orilla, sin que nunca lo releven.

—Son preguntas muy difíciles de contestar —dijo la vieja—, pero tú quédate aquí tranquilo y callado y presta atento oído a lo que diga el diablo cuando yo le arranque los tres cabellos de oro.

Al anochecer llegó el diablo a casa, y ya al entrar notó que el aire no era puro:

—¡Huelo, huelo a carne humana! —dijo—; aquí pasa algo extraño.

Y registró todos los rincones, buscando y rebuscando, pero no encontró nada. El ama le increpó:

—Yo venga a barrer y a arreglar; pero apenas llegas tú, lo revuelves todo. Siempre tienes la carne humana pegada en las narices. ¡Siéntate y cena, vamos!

Comió y bebió, y, como estaba cansado, puso la cabeza en el regazo del ama, pidiéndole que lo despiojara un poco.



A los pocos minutos dormía profundamente, resoplando y roncando. Entonces, la vieja le agarró un cabello de oro y, arrancádoselo, lo puso a un lado.

—¡Uy! —gritó el diablo—, ¿qué estás haciendo?

—He tenido un mal sueño —respondió la mujer— y te he tirado de los pelos.

—¿Y qué has soñado? —preguntó el diablo.

—He soñado que una fuente de una plaza de la que manaba vino, se había secado y ni siquiera salía agua de ella. ¿Quién tiene la culpa?

—¡Oh, si lo supiesen! —contestó el diablo—. Hay un sapo debajo de una piedra de la fuente; si lo matasen volvería a manar vino.

La vieja se puso a despiojar al diablo, hasta que lo vio nuevamente dormido, y roncando de un modo que hacía vibrar los cristales de las ventanas. Arrancóle entonces el segundo cabello.

—¡Uy!, ¿qué haces? —gritó el diablo, montando en cólera.

—No lo tomes a mal —excusóse la vieja— es que estaba soñando.

—¿Y qué has soñado ahora?

—He soñado que en un cierto reino crecía un manzano que antes producía manzanas de oro, y, en cambio, ahora ni hojas echa. ¿A qué se deberá esto?

—¡Ah, si lo supiesen! —respondió el diablo—. En la raíz vive una rata que lo roe; si la matasen, el árbol volvería a dar manzanas de oro; pero si no la matan, el árbol se secará del todo. Mas déjame tranquilo con tus sueños; si vuelves a molestarme te daré un sopapo.

La mujer lo tranquilizó y siguió despiojándolo, hasta que lo vio otra vez dormido y lo oyó roncar. Cogiéndole el tercer cabello, se lo arrancó de un tirón. El diablo se levantó de un salto, vociferando y dispuesto a arrearle a la vieja; pero ésta logró apaciguarlo por tercera vez, diciéndole:

—¿Y qué puedo hacerle, si tengo pesadillas?

—¿Qué has soñado, pues? —volvió a preguntar, lleno de curiosidad.

—He visto un barquero que se quejaba de tener que estar siempre bogando de una a otra orilla, sin que nadie vaya a relevarlo. ¿Quién tiene la culpa?

—¡Bah, el muy bobo! —respondió el diablo—. Si cuando le llegue alguien a pedirle que lo pase le pone el remo en la mano, el otro tendrá que bogar y él quedará libre.

Teniendo ya el ama los tres cabellos de oro y habiéndole sonsacado la respuesta a las tres preguntas, dejó descansar en paz al viejo Diablo, que no se despertó hasta la madrugada.

Marchado que se hubo el diablo, la vieja sacó la hormiga del pliegue de su falda y devolvió al hijo de la suerte su figura humana.

—Ahí tienes los tres cabellos de oro —díjole—; y supongo que oirías lo que el diablo respondió a tus tres preguntas.

—Sí —replicó el mozo—, lo he oído y no lo olvidaré.

—Ya tienes, pues, lo que querías, y puedes volverte.

Dando las gracias a la vieja por su ayuda, salió el muchacho del infierno, muy contento del éxito de su empresa. Al llegar al lugar donde estaba el barquero, pidióle éste la prometida respuesta.

—Primero pásame —dijo el muchacho—, y te diré de qué manera puedes librarte—. Cuando estuvieron en la orilla opuesta, le transmitió el consejo del diablo:

—Al primero que venga a pedirte que lo pases, ponle el remo en la mano.

Siguió su camino y llegó a la ciudad del árbol estéril, donde le salió al encuentro el guarda, a quien había prometido una respuesta. Repitióle las palabras del diablo:

—Matad la rata que roe la raíz y volverá a dar manzanas de oro.

Agradecióselo el guarda y le ofreció, en recompensa, dos asnos cargados de oro. Finalmente, se presentó a las puertas de la otra ciudad, aquella en que se había secado la fuente, y dijo al guarda lo que oyera al diablo:

—Hay un sapo bajo una piedra de la fuente. Buscadlo y matadlo y volveréis a tener vino en abundancia.

Dióle las gracias el guarda, y, con ellas, otros dos asnos cargados de oro.

Al cabo, el afortunado mozo estuvo de regreso a palacio, junto a su esposa, que sintió una gran alegría al verlo de nuevo, y a la que contó sus aventuras. Entregó al Rey los tres cabellos de oro del diablo, y al reparar el monarca en los cuatro asnos con sus cargas de oro, díjole, muy contento:

—Ya que has cumplido todas las condiciones, puedes quedarte con mi hija. Pero, querido yerno, dime de dónde has sacado tanto oro. ¡Es un tesoro inmenso!

—He cruzado un río —respondióle el mozo— y lo he cogido de la orilla opuesta, donde hay oro en vez de arena.

—¿Y no podría yo ir a buscar un poco? —preguntó el Rey, que era muy codicioso.

—Todo el que queráis —dijo el joven—. En el río hay un barquero que os pasará, y en la otra margen podréis llenar los sacos.

El avaro rey se puso en camino sin perder tiempo, y al llegar al río hizo señal al barquero de que lo pasara. El barquero le hizo montar en la barca, y, antes de llegar a la orilla opuesta, poniéndole en la mano la pértiga, saltó a tierra. Desde aquel día, el Rey tiene que estar bogando; es el castigo por sus pecados.

—¿Y está bogando todavía?

—¡Claro que sí! Nadie ha ido a quitarle la pértiga de la mano.



El corazón delator, Edgar Allan Poe

Es verdad, soy nervioso, exageradamente nervioso, lo he sido siempre y lo seguiré siendo; pero, ¿por qué decís que estoy loco? La enfermedad ha agudizado mis sentidos, mas no los ha destruido ni embotado. Sobre todo era el oído el que tenía más sensible. He oído cuanto pasaba en el cielo y en la tierra. ¿Cómo, entonces, puedo estar loco? ¡Prestad atención!, y observad con qué serenidad, con qué calma puedo contaros toda la historia.

Es imposible decir cómo entró la idea por primera vez en mi cerebro; pero una vez concebida, me acosó día y noche. Móvil, no había. Pasión, no sentía. Yo quería al viejo. Nunca me hizo daño. Nunca me insultó. Yo no deseaba su dinero. Creo que era su ojo. ¡Sí, eso era! Su ojo era como el de un buitre, un ojo azul pálido, cubierto por una nube. Cada vez que me miraba se me helaba la sangre; así que, poco a poco, muy gradualmente, concebí la idea de quitarle la vida al viejo, librándome de su ojo para siempre.

Ahora viene lo más importante. Vosotros pensáis que estoy loco. Los locos no saben nada de nada. Pero me tendríais que haber visto. Tendríais que haber visto con qué sabiduría procedí, con cuánta cautela, con cuánta precaución, con qué disimulo llevé a cabo mi obra. Nunca me mostré más amable con el viejo que durante toda la semana que precedió a mi crimen, y cada noche, hacia las doce, giraba el picaporte de su puerta y la abría, icuán suavemente! Y entonces, cuando la había abierto lo suficiente para que cupiera mi cabeza, introducía una linterna sorda, totalmente cerrada, de manera que no se filtrara ninguna luz, y entonces asomaba la cabeza. ¡Os hubierais reído al ver la habilidad con que lo hacía! La movía lentamente —muy, muy lentamente—, para no perturbar el sueño del viejo. Tardaba hasta una hora en introducir toda mi cabeza por la rendija, de manera que pudiera verlo tendido en su cama. ¿Hubiera un loco actuado con mayor sensatez? Y entonces, con mi cabeza ya dentro de la habitación, abría mi linterna con cuidado —con sumo cuidado—, cuidado porque los goznes chirriaban. La abría solo lo justo para que un único y delgado rayo de luz se proyectase sobre el ojo de buitre. Eso lo estuve haciendo durante siete largas noches —siempre a media noche— pero siempre encontraba cerrado el ojo y me resultaba imposible llevar a cabo mi propósito, porque lo que me molestaba no era el viejo, sino su ojo maldito¹. Y cada mañana, al amanecer, entraba con naturalidad en su cuarto y me ponía a hablarle animosamente llamándolo por su nombre, en un tono cordial, y preguntándole cómo había pasado la noche. No me negaréis que tendría que haber sido un viejo extraordinariamente perspicaz para sospechar que todas las noches, justo a las doce, yo me ponía a observarlo mientras dormía.

La octava noche fui más cuidadoso que de costumbre al abrir la puerta. El minuterio de un reloj se mueve más deprisa de lo que se movía mi mano. Nunca hasta aquella noche había sentido el alcance de mis facultades, de mi sagacidad. Apenas podía contener mi sensación de triunfo. ¡Pensar que yo estaba allí, abriendo la puerta, poco a poco, y que él era completamente ajeno a mis actos y a mis propósitos! La idea hizo que se me escapara una risita, y puede que se oyera, porque, de repente, se removió en su cama, sobresaltado. Tal vez penséis que entonces me eché atrás. Nada de eso. Su habitación estaba tan negra como la pez, inmersa en las tinieblas —pues las contraventanas estaban completamente cerradas por miedo a los ladrones—, así que yo sabía que él no podía ver cómo abría la puerta y seguí empujándola cada vez un poco más, un poquito más...

Ya tenía la cabeza dentro y me disponía a abrir la linterna cuando mi dedo pulgar resbaló sobre el cierre y el viejo se incorporó de un salto en su lecho, gritando: «¿Quién anda ahí?».

Me quedé completamente inmóvil y callado. Durante una hora no moví un solo músculo ni en todo ese tiempo le oí que volviera a acostarse. Seguía sentado en la cama, al acecho, exactamente como

¹ Ojo maldito: *evileye*, indica una creencia supersticiosa, según la cual la mirada de ciertas personas puede provocar efectos perniciosos, intencionadamente o no.

había hecho yo noche tras noche, escuchando los compases de la muerte.

De pronto oí un débil gemido y supe que era un gemido de terror mortal, no un gemido de dolor ni de pesar —oh, no—, sino el sonido sordo y ahogado que se escapa de un alma abrumada por el espanto. Yo conocía muy bien ese sonido. Muchas noches, precisamente a las doce, mientras todo el mundo dormía, irrumpía en mi propio pecho acentuando con su horrísono eco el terror que me embargaba. Sabía muy bien qué era aquello, os lo repito. Sabía lo que sentía el viejo y le compadecía, aunque en el fondo de mi corazón me estuviera riendo. Sabía que seguía allí, acostado pero despierto, desde que oyó el primer ruido que le hizo revolverse en la cama. Desde entonces, el miedo le atenazaba por momentos. Había intentado convencerse de que todo eran imaginaciones suyas, pero sin resultado. Se decía a sí mismo: «No es más que el viento que sopla por la chimenea», «es solo un ratón correteando por el suelo» o «seguramente un grillo que canta». Sí, procuraba calmarse con esas explicaciones, pero era en vano. *Completamente en vano*, porque la muerte, cada vez más cercana, acechaba a su víctima envolviéndola con su negra sombra. Y era la siniestra influencia de aquella sombra invisible lo que hacía que sintiera —sin verla ni oírla—, que sintiera, digo, la presencia de mi cabeza en su habitación.

Después de haber esperado largo rato, con toda paciencia, sin que le oyera volver a acostarse, me decidí a abrir una pequeña, una pequeñísima ranura en la linterna. Así lo hice. Ya podéis imaginar con cuánto, con cuantísimo cuidado, hasta que al fin un rayo, un único y pálido rayo, semejante a una telaraña, salió por la ranura y fue a caer justo sobre el ojo de buitre.

El ojo estaba abierto, completamente abierto, y conforme le miraba, me iba enfureciendo más y más. Podía verlo con entera nitidez, todo él de un azul turbio, cubierto por aquella asquerosa nube que me helaba los huesos hasta la médula; pero no podía ver ni la cara ni el cuerpo del viejo, pues, como por instinto, dirigía el rayo justamente hacia aquel maldito punto.

¿No os he dicho que sin razón alguna juzgáis locura lo que no es sino una mayor agudeza de los sentidos? Entonces, como os digo, llegó hasta mis oídos un rumor grave, sordo, acelerado, como el de un reloj envuelto en algodón. Ese sonido tampoco me era desconocido. Era el latido del corazón del viejo. Eso incrementó mi ira como el redoble del tambor enardece al soldado.

Pero incluso entonces me dominé y permanecí quieto. Apenas respiraba. Sujeté la linterna sin moverla un ápice. Intenté mantener el rayo de luz sobre el ojo. Al mismo tiempo, aumentaba el infernal tamborileo del corazón. Se hacía cada vez más y más rápido, más y más fuerte. El terror del viejo debía ser excepcional. Ese latido se hacía cada vez más fuerte, repito icada vez más fuerte! ¿Os dais cuenta? Ya os he dicho que soy nervioso; y es la verdad. Pues bien, en aquella hora mortal de la noche, en medio del pavoroso silencio de aquel vetusto caserón, ese ruido tan singular provocó en mí un terror incontrolable. Durante algunos minutos me contuve y permanecí inmóvil. ¡Pero el latido era cada vez más y más fuerte! Creí que el corazón le iba a estallar. Y entonces, una nueva inquietud se apoderó de mí. ¡Los vecinos iban a oír aquel ruido! ¡La hora del viejo había llegado! Dando un gran alarido, abrí del todo la linterna e irrumpí en la habitación. El viejo lanzó un grito, solo uno. En un instante, lo tiré al suelo y le eché encima la pesada cama. Sonreí alegremente al ver al fin completada mi obra. Pero durante algunos minutos su corazón siguió latiendo con un sonido ahogado. No obstante, eso no me inquietó porque el ruido no podía oírse a través de las paredes. Por fin cesó. El viejo estaba muerto. Levanté la cama y examiné el cadáver. Sí, estaba muerto y bien muerto. Puse mi mano sobre su corazón y la mantuve así por unos minutos. No latía. Estaba bien muerto: su ojo ya no volvería a atormentarme.

Si seguís creyendo que estoy loco, dejaréis de hacerlo en cuanto os cuente las sabias precauciones que tomé para esconder el cadáver. Avanzaba la noche y trabajé con rapidez, pero en silencio. Para empezar, despedacé el cadáver. Le corté la cabeza, los brazos y las piernas.

Luego, arranqué tres tablas del piso y escondí todo bajo el entarimado. Volví a colocar las tablas con tanta habilidad, con tanta destreza, que ningún ojo humano —ni siquiera el *suyo*— hubiera sido

capaz de percibir nada anormal. Nada había que lavar, ninguna mancha, ningún rastro de sangre ni nada de nada. En esto puse el mayor cuidado. Un cubo fue suficiente. ¡Ja, ja, ja!

Cuando hube concluido estos menesteres eran las cuatro y todo seguía tan oscuro como a medianoche. Mientras sonaban las cuatro campanadas llamaron a la puerta de la calle. Bajé a abrir con el ánimo tranquilo. ¿Qué podía temer ahora? Entraron tres hombres que se presentaron cortésmente como agentes de policía. Un vecino había oído un grito durante la noche, lo que le hizo sospechar que se había cometido algún acto de violencia. Se informó a la comisaría y ellos (los agentes) tenían orden de practicar un registro.

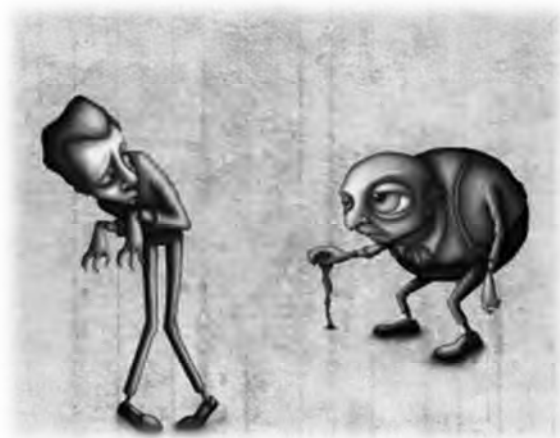
Sonreí, ¿qué podía temer? Recibí amablemente a aquellos caballeros. El grito —les dije— lo había lanzado yo en sueños. El viejo —añadí— estaba fuera, de viaje. Acompañé a mis visitantes por toda la casa. Les insté a que buscaran, a que buscaran *bien*. Por último, les conduje a su alcoba. Les mostré sus pertenencias, seguras, intactas. Llevado de mi entusiasta confianza, coloqué unas sillas en la habitación y les rogué que descansaran *allí* de sus deberes, mientras yo, con la desbordada audacia de mi triunfo absoluto, colocaba mi propia silla sobre el punto exacto bajo el que yacía el cadáver de la víctima.

Los agentes estaban satisfechos. Mi *actitud* les había convencido. Yo me encontraba especialmente a gusto. Se sentaron y hablaron de cosas corrientes, a las que yo respondía jovialmente. Pero, al poco rato, me di cuenta de que me estaba poniendo pálido y empecé a desear que se marcharan. Me dolía la cabeza y tenía la impresión de que me zumbaban los oídos; pero ellos continuaban sentados y hablando. El zumbido se hizo más perceptible; hablé muy deprisa para librarme de aquella sensación, pero el zumbido persistía y se hacía cada vez más nítido, hasta que al fin me di cuenta de que aquel ruido no venía de mis oídos.

Sin duda, me puse entonces *muy* pálido; pero seguí hablando con mayor fluidez y en un tono más alto. No obstante, el ruido no dejaba de aumentar, ¿Qué podía hacer yo? *Era un sonido grave, sordo, acelerado, parecido al de un reloj envuelto en algodón*. Yo respiraba con dificultad y, sin embargo, los policías no oyeron nada. Hablé más deprisa, con más vehemencia, pero el ruido aumentaba sin cesar. Me puse en pie y hablé de cosas sin importancia, en voz alta y gesticulando violentamente, pero el ruido aumentaba sin cesar. ¿Por qué no se querían marchar? Deambulé de un lado a otro, pisando fuertemente el suelo, como si sus comentarios me irritaran, pero el ruido aumentaba sin cesar. ¡Oh Dios! ¿Qué podía hacer yo? ¡Rabié, maldije, juré! Movía la silla en la que estaba sentado, raspando con ella el entarimado, pero el ruido lo dominaba todo y aumentaba sin cesar. ¡Cada vez sonaba más fuerte, más fuerte, *más fuerte*! Y aquellos hombres seguían hablando y sonriendo amablemente. ¿Cómo era posible que no lo oyeran? ¡Oh Dios todopoderoso! ¡No, no! ¡Lo oían! ¡Sospechaba! ¡Lo

sabían! ¡Se estaban divirtiendo con mi terror! Eso es lo que yo creía y sigo creyendo. ¡Pero cualquier cosa era mejor que aquella agonía! ¡Cualquier cosa era más tolerable que aquel escarnio! No podía soportar por más tiempo sus hipócritas sonrisas. Sentí que tenía que gritar o morir y entonces, ¡otra vez!, ¡escuchad!, ¡más fuerte!, ¡más fuerte!, ¡más fuerte!

—¡Miserables! —exclamé—, ¡no disimuléis más! ¡Confieso mi crimen! ¡Aquí, aquí, levantad las tablas! ¡Aquí, aquí! ¡Es el latido de su asqueroso corazón!



El diablo en la botella, Stevenson

Érase una vez un hombre, natural de la isla de Hawai, al que llamaré *Keawe*. Vive aún, y por eso debo callar su verdadero nombre... Pero el lugar de su nacimiento está muy próximo a Honaunau, donde, en el fondo de una gruta, yace enterrado el esqueleto de Keawe el *Grande*.

Este hombre era pobre, honrado y activo.

Sabía leer y escribir como un maestro de escuela... Era un marino de primer orden, pues había sido timonel durante varios años a bordo de un buque de las islas, y piloto de un ballenero sobre la costa de Hamakua.

Finalmente, había tenido la idea de visitar el vasto mundo y las islas extranjeras; por ese motivo se había embarcado también en un buque con rumbo a San Francisco.

Era ya por entonces una hermosa y gran ciudad, con una rada admirable y gran cantidad de gentes ricas. Se hallaba allí, especialmente, una colina cubierta de palacios. Un día Keawe se paseaba por aquella colina, con los bolsillos repletos de dinero, contemplando con gusto las suntuosas residencias alzadas a un lado y a otro del camino.

«¡Qué hermosas casas, pensaba, y qué felices deben de ser las gentes que en ellas viven, al no tener que preocuparse del mañana!»

Le asediaba aquella idea al llegar junto a una casa mucho más pequeña que las demás, pero perfilada como una joya.

Las escalinatas que daban acceso a aquella casa brillaban como si fuesen de plata; los arriates de las platabandas se extendían como guirnaldas y las ventanas resplandecían como si fuesen diamantes.

Keawe se detuvo para admirarla mejor.

En el mismo instante se dio cuenta de que a través de una de las ventanas, un hombre lo miraba. Era tan claro el cristal de aquella ventana, que Keawe veía al hombre como se ve un pescado en un pozo de agua en medio de los arrecifes.

El hombre, ni joven ni viejo, tenía la cabeza calva, calva entre negra y blanca. Su frente estaba cargada de preocupaciones y suspiraba amargamente.

La verdad es que, mientras Keawe contemplaba al hombre y el hombre contemplaba a Keawe, se envidiaban recíprocamente.

De repente, el hombre sonrió, movió la cabeza, hizo una seña a Keawe para que entrase, y fue a recibirlo en el umbral.

—Mi casa es una hermosa casa —dijo, volviendo a suspirar—. ¿Le agradaría visitar el interior?

Condujo, pues, a Keawe a través de una serie de habitaciones, desde la bodega hasta el granero, y Keawe, asombrado, hubo de convencerse de que no había un solo detalle que chocara, que todo cuanto allí había era perfecto en su género.

—Realmente —dijo Keawe—, tiene usted una hermosa casa... Si viviese yo en una casa semejante, no haría más que cantar durante todo el día. ¿Cómo es, entonces, que usted suspira?

—No hay razón alguna que le impida tener una casa semejante a la mía, y más hermosa aún —respondió el desconocido—. Usted tiene dinero, supongo.

—Tengo cincuenta dólares —dijo Keawe—; pero una casa como esta debe de valer más de cincuenta dólares.

El hombre reflexionó.

—Lamento que no tenga usted más dinero, pues tal vez eso le cause algún fastidio más adelante...; pero, de todos modos, se la dejaría por cincuenta dólares.

—¿La casa? —preguntó Keawe.

—No, la casa no, la botella. Aunque le parezca a usted tan rico y afortunado, he de confesarle que toda mi fortuna, comprendidos en ella la casa y el jardín, provienen de una botella no mucho mayor que una de un cuarto de litro.

Abrió una caja de caudales y sacó de ella una botellita tripuda, de largo cuello. Era de un vidrio blanco, como de leche, con reflejos movientes de arco iris. En el interior se agitaba confusamente algo, como la sombra proyectada por una llama.

—Aquí está la botella —dijo el hombre. Y como Keawe se echó a reír, añadió—: ¿no me cree usted? Pues bien; pruebe usted a ver si la puede romper por sí mismo.

Keawe tomó la botella y, con todas sus fuerzas, la tiró contra el suelo, pero saltó como una pelota de niño, sin padecer lo más mínimo.

—¡He ahí una cosa extraña! —reconoció Keawe—. No obstante, al tacto, se diría que esa botella es de vidrio.

—De vidrio es, seguramente —replicó el hombre, suspirando más lúgubrementemente que nunca—. Pero el vidrio de esta botella ha sido recocado en las llamas del Infierno. En su interior hay un demonio. Es esa especie de sombra que vemos moverse o, al menos, eso supongo. El demonio está al servicio del que compre la botella, procurándole todo cuanto desee: amor, gloria, dinero..., casas como esta, sí..., y hasta una ciudad como San Francisco. El dueño de la botella no tiene más que hablar para tener lo que desea. Napoleón poseyó esta botella, y gracias a ella llegó a ser emperador del mundo; pero acabó por venderla, y perdió toda su grandeza. También el capitán Cook tuvo esta botella, y gracias a ella halló la manera de descubrir tantas tierras inexploradas. Pero él acabó por venderla también, y se hizo matar en la isla de Hawai. Pues desde el día en que la botella se vende, se pierde su protección..., y las desgracias se desploman sobre uno, a menos que uno no esté satisfecho con lo que posee.

—¡Y, sin embargo, habla usted mismo de venderla! —objetó Keawe.

—Tengo cuanto deseo, y me hago viejo —replicó el hombre—. El demonio es incapaz de prolongar la vida. No he de ocultarle a usted que la botella tiene sus inconvenientes. Si su poseedor muere antes de haberla vendido, queda condenado eternamente a las llamas del Infierno.

—¡Evidentemente, es un inconveniente serio! —exclamó Keawe—, y prefiero no verme mezclado en una aventura de ese género. A Dios gracias, puedo perfectamente pasarme sin la hermosa casa, y prefiero no exponer una parcela de la salud de mi alma.

—¡Qué pronto se desanima usted! —volvió a decir el hombre—. No tiene usted más que usar moderadamente el poder del demonio y después revender la botella a otro cualquiera, como yo se la revendo, para terminar su vida cómodamente.

—¡Caray! Dos cosas me asombran —observó Keawe—: la primera es que usted no cese de suspirar como una muchacha con mal de amores, y la segunda... que venda usted su botella tan barata.

—Ya le he explicado a usted por qué suspiraba —dijo el hombre—. Porque tengo serios temores acerca de mi salud...; y, como usted mismo dice, la perspectiva de asarme en el Infierno no tiene nada de regocijante... En cuanto a lo que a la baratura se refiere, existe una particularidad a propósito de la botella. Hace muchísimo tiempo, cuando el diablo la puso en circulación, costaba extremadamente cara, y Alejandro la compró por algunos millones de sextercios. Pero no se la puede revender más que perdiendo... Si se vende por el precio de compra, vuelve a nuestro poder enseguida, como paloma al palomar. Resulta de ello que el precio no ha hecho desde hace siglos más que bajar, y que ahora la botella es casi de balde. Yo mismo la compré a uno de mis ricos vecinos de la colina, y no pagué por ella más que noventa dólares. Podría revenderla por ochenta y nueve dólares y noventa y nueve céntimos, pero ni un céntimo más, sin que volviese a mis manos. Solo que esto tiene dos inconvenientes. La gente, al principio, se ríe en tus propias narices cuando les ofrece una botella tan singular a tan bajo precio, y además...; aunque esto no corre prisa, y es inútil que aborde ese asunto. Recuerde usted, de todos modos, que no se puede revender más que por dinero contante y sonante.

—¿Y cómo quiere usted que yo sepa si eso que dice es cierto? —preguntó Keawe.

—Puede usted experimentarlo inmediatamente —replicó el hombre—. Deme sus cincuenta

dólares... Tome la botella.... y desee que sus cincuenta dólares vuelvan a su bolsillo. Si su deseo no queda al punto realizado, le doy mi palabra de honor de que consideraré el trato como deshecho y que le devolveré su dinero.

—¿No tratáis de engañarme? —preguntó Keawe.

El hombre le juró que no.

—Pues bien, siempre puedo exponer eso —dijo Keawe—: pues, en suma, nada he de perder con ello.

Y tendió sus cincuenta dólares al hombre, que le entregó la botella.

—¡Diablo embotellado —pronunció Keawe—, deseo que mis cincuenta dólares vuelvan a mí!

Y, apenas había pronunciado aquellas palabras, su bolsillo se tornó tan pesado como antes.

—Y ahora, buenos días, buen mozo, y que el diablo os acompañe —dijo el hombre.

—Consérvese bueno —dijo Keawe—. Ya estoy harto de bromas... Recobre usted su botella.

—La ha pagado menos cara de lo que yo la había comprado —respondió el hombre— y ahora es ya de usted. Y, por mi parte, no me preocupa ya más que el verle marchar.

Con lo que llamó a sus criados e hizo que pusieran a Keawe físicamente en la puerta.

Cuando Keawe estuvo en la calle, con la botella bajo el brazo, se puso a reflexionar.

—A pesar de todo cuanto me ha contado acerca de esta botella —se dijo—, quizá no haya hecho una mala compra... A menos que ese individuo haya querido burlarse de mí.

Se puso, pues, a contar su dinero. La cuenta era exacta... Cuarenta y nueve dólares americanos y una moneda chilena.

—De todos modos, la cosa tiene todo el aspecto de ser verdad —murmuró Keawe—. Pasemos a otro ejercicio.

Las calles de aquella parte de la población estaban limpias como el puente de un barco y, aunque fuese cerca del mediodía, no había ni un transeúnte.

Keawe dejó la botella en el borde de la acera y se alejó. Dos veces se volvió para mirar. La botella seguía estando en el mismo sitio, lechosa y ventruda. Se volvió por tercera vez, y se metió, furtivamente, por una calle estrecha transversal.

Aún no había recorrido diez metros cuando le pareció sentir algo que le tropezaba en el codo... Era el cuello de la botella, cuyo vientre redondeado reposaba confortablemente instalado en el fondo del bolsillo de su gabán.

—¡Decididamente, la cosa tiene todo el aspecto de ser verdad! —volvió a decir Keawe.

Después de lo cual, su primer cuidado fue comprar un sacacorchos en una tienda y dirigirse hacia un campo desierto. Allí intentó descorchar la botella. Pero cada vez que hundía el sacacorchos en el tapón, el sacacorchos volvía a salir enseguida y el tapón quedaba intacto.

Al llegar a los muelles del puerto, halló en su camino una tienda donde vendían conchas y porras de las islas salvajes, viejas divinidades paganas, monedas antiguas, sedas de China y del Japón, y toda clase de cosas que los marinos traen en sus arcas. Y allí, Keawe tuvo una idea.

Entró en la tienda y ofreció la botella por cien dólares. El tendero se echó a reír en sus propias narices y le ofreció cinco dólares; pero se dio cuenta de que la botella era curiosa, que el vidrio no parecía salido de una vidriería humana: los colores brillaban muy raramente bajo la lechosa blancura, y la extraña sombra del interior añadía un elemento sobrenatural.

Así que, después de haber regateado, según la costumbre de sus semejantes, el chamarilero dio a Keawe sesenta dólares de plata.

—Vamos —pensó Keawe—, he vendido en sesenta dólares lo que había comprado en cincuenta y aun en algo menos, debido a la moneda chilena... No tardaré, pues, en saber la verdad acerca de otro extremo.

Volvió, pues, a bordo de su barco y, cuando abrió su baúl, descubrió allí su botella...: había llegado antes que él.

Tenía Keawe a bordo un marinero que se llamaba Lopaka.

—¿Qué te pasa —dijo Lopaka— que miras tu baúl con ojos de pescadilla frita?

Se hallaban solos en el puesto de la tripulación; así que Keawe, después de haberle hecho jurar que guardaría el secreto, le confió toda la historia.

—Ahí tienes algo extraordinario —declaró Lopaka—, y tengo mucho miedo de que esa botella no te traiga más que inconvenientes; pero puesto que estás seguro de tener preocupaciones, quizá hicieses bien en aprovecharte de las ventajas. Decídetes acerca de lo que desees, ordénale al demonio que te lo procure y, si colma tu deseo, yo te compraré la botella. Ya sabes que siempre he deseado tener un bergantín de mi propiedad para hacer el comercio en las islas.

—No es tal mi idea —dijo Keawe—: lo que yo quiero es una hermosa casa y un jardín sobre la costa de Kona, donde nací, con el sol entrando por la puerta, flores en el jardín, vidrieras en las ventanas, cuadros sobre las paredes, chucherías sobre las mesas y hermosas alfombras en el suelo; una casa preciosa, completamente igual a aquella donde he estado hoy, únicamente con un piso de más y balcones, todo alrededor, como el palacio del Rey. Quisiera vivir allí sin preocupaciones, y comer y beber con mis amigos.

—¡Caray! —dijo Lopaka—. Volvámonos a Hawai y, si todo pasa según supongo, te compraré tu botella, como te he prometido, y pediré un bergantín.

El barco no tardó en volver a Honolulu, llevando a bordo a Keawe, a Lopaka y la botella.

Apenas descendieron al muelle, se encontraron a un amigo, el cual se apresuró a dar el pésame a Keawe.

—No sé por qué me das el pésame —interrumpió este último.

—¿Es posible que no lo sepas? —se asombró el amigo—. Tu tío, ese honrado anciano, ha muerto, y tu primo, el guapo adolescente, se ha ahogado en el mar.

Keawe, muy afectado por la noticia, se echó a llorar y a lamentarse, sin acordarse en absoluto de la botella; pero Lopaka reflexionaba, y cuando se hubo atenuado un poco la pena de Keawe, le dijo:

—¿No tenía tu tío tierras en Hawai, en el distrito de Kaū?

—No —dijo Keawe—; en Kaū, no, están al otro lado de la montaña, un poco al sur de Hookena.

—¿Luego esas tierras van a pertenecerte? —preguntó Lopaka.

—¡Ay!... ¡Sí! —respondió Keawe, que volvió a lamentarse por la muerte de sus parientes.

—¡No! —intimó Lopaka—; deja de lamentarte por el momento... Se me ha ocurrido una idea. ¿Y si esas muertes, dichas para ti, fuesen obra de la botella? Porque ahí tienes un terreno que es pintiparado para tu casa.

—Si es de ese modo —exclamó Keawe—, es una curiosa manera de servirme el matar a mis parientes... Pero puede que digas la verdad, pues es precisamente ese sitio en el que yo había pensado cuando vi la casa de mis sueños.

—Sin embargo, la casa no está aún construida —dijo Lopaka.

—Ni lo estará en mucho tiempo —replicó Keawe—; pues si mi tío tenía algunos platanales, algunos cafetales y algunos árboles del pan, tendré con qué vivir, sin hacer locuras.

—Vamos a ver al notario —zanjó Lopaka—, pues sigo teniendo la mosca detrás de la oreja.

Cuando fueron a casa del notario averiguaron que el tío de Keawe había llegado a ser, en sus últimos tiempos, monstruosamente rico y que había dejado una gran fortuna.

—Ahí tienes el dinero para construir la casa —exclamó Lopaka.

—Si pensáis en construir —dijo el notario—, aquí tenéis la tarjeta de un nuevo arquitecto del que me han hablado muy bien.

—Mejor que mejor —continuó Lopaka—. Las cosas se arreglan ellas solas... Sigamos las indicaciones de la botella.

Fueron a casa del arquitecto, que tenía los planos sobre la mesa.

—¿Quiere usted algo que no sea vulgar? —preguntó el artista—. ¿Qué le parece esto? —y le mostró un dibujo.

En cuanto hubo puesto Keawe los ojos sobre aquel dibujo, lanzó un grito de sorpresa... Allí estaba,

exactamente representada, la casa de sus sueños.

—Esta casa me conviene muchísimo —pensaba—, aunque no me gusta el modo como me ha venido. En fin, debo aprovecharme de las ventajas de la botella, puesto que tengo los inconvenientes.

Explicó, pues, al arquitecto todo lo que deseaba, cómo quería que la casa se amueblase, qué cuadros deseaba sobre las paredes, qué chucherías sobre las mesas; y después preguntó, resueltamente, cuánto precisaría para ejecutar sus órdenes.

El arquitecto le hizo varias propuestas, tomó notas y estableció un croquis. Cuando hubo terminado indicó una cifra que correspondía, exactamente, con la suma que Keawe acababa de heredar.

Lopaka y Keawe se miraron entre sí, y movieron la cabeza.

—Está bien claro —pensó Keawe— que estoy destinado a tener esa casa, quiera o no quiera. Viene del diablo, y en ella habré de cocerme tal vez más adelante. De todos modos, estoy decidido a no formular más deseos en tanto que la botella me pertenezca. Tomemos la casa.

Hizo, pues, un convenio con el arquitecto, y firmó los papeles en regla.

Después Keawe y Lopaka volvieron a embarcarse rumbo a Australia. Habían convenido no meterse en nada más y dejar que el arquitecto se las arreglase con la secreta colaboración del diablo embotellado para construir y amueblar la casa.

La travesía fue excelente, pero todo el tiempo Keawe estuvo vigilando su lengua, pues se había jurado no aceptar más favores del diablo y no manifestar el menor deseo, nada. Cuando regresaron, habían expirado los plazos. El arquitecto les dijo que la casa estaba dispuesta. Keawe y Lopaka se embarcaron, pues, a bordo del *May* hasta Kona, para visitar la casa y ver si el arquitecto había sabido interpretar el pensamiento de Keawe.

Se alzaba la casa en el flanco de la montaña, visible desde alta mar. Por encima, el bosque ascendía hasta las nubes de lluvia y, por debajo, la lava negra se había detenido en una costa abrupta cuyas grutas servían de sepultura a los reyes de los tiempos antiguos.

En torno de la casa florecía un jardín, donde había plantas de todas las especies conocidas. A un lado había un huerto de papayas, y al otro un huerto de árboles del pan. En la parte delantera, hacia el mar, habían alzado un mástil en el que ondeaba una inmensa bandera. En cuanto a la casa, tenía tres pisos con anchos balcones y habitaciones inmensas.

Las ventanas estaban cerradas con cristales traslúcidos y no con papeles transparentes. Las habitaciones se veían adornadas con toda clase de muebles. Los cuadros colgaban sobre las paredes, con sus dorados marcos, representando moros, luchas de mujeres y pintorescos paisajes. Jamás vio Keawe cuadros tan deslumbradores como los de su casa.

En cuanto a los objetos menudos, las chucherías, honraban el gusto del arquitecto... Carillones y cajas de música, muñequillos moviendo la cabeza, armas valiosas de todos los países del mundo... Y nadie se hubiese atrevido a vivir en habitaciones tan suntuosas, hechas especialmente para ser exhibidas; los balcones eran lo bastante anchos para que en ellos pudiesen vivir a gusto familias enteras.

Keawe no sabía qué preferir, si el pórtico de la parte de atrás, desde donde recibía la brisa de tierra y desde donde se podían ver los huertos y las flores; o el balcón principal de la fachada de delante, desde donde se podía respirar el aire del mar..., hundir la mirada hasta la parte baja de la costa, ver pasar el *Hall* una vez por semana, con ocasión de su travesía entre Hookena y las colinas de Pelé, y los bergantines dando bordadas con su cargamento de maderas, de plátanos o de aia².

Cuando todo lo hubieron visitado, Keawe y Lopaka se sentaron bajo el porche.

—Bueno —preguntó Lopaka—; ¿está todo tal como tú lo deseabas?

—No es posible expresar con palabras hasta qué punto estoy encantado —respondió Keawe—. Es aún mucho mejor de lo que yo había soñado, y estoy enfermo de satisfacción.

²Aia: kava o kawa, especie de pimienta de la Polinesia.

—Falta asegurarse de una cosa —emitió Lopaka—. Quizá todo esto se ha producido naturalmente..., y puede que el demonio de la botella no haya intervenido en nada. Te he dado mi palabra, pero supongo que no querrás negarme una nueva prueba... Si comprase la botella y no lograra mi bergantín, me hubiera expuesto por nada a graves peligros.

—He jurado no pedir más favores al diablo —respondió Keawe—. Ya me he comprometido bastante.

—No es un favor lo que quisiera que pidieses —replicó Lopaka—, sino únicamente ver al mismo demonio. Nada hay que ganar con ello; luego de nada tienes que avergonzarte y, sin embargo, si pudiese únicamente entreverlo, estaría seguro de mi asunto. ¡Vamos, bien puedes hacer eso por mí! Después te compraré la botella; tienes el dinero en mi mano.

—No hay en ello más que una cosa que da miedo —dijo Keawe, vacilante—, y es que el demonio sea muy feo, y que ya no quieras la botella cuando lo hayas entrevisto.

—Soy un hombre de palabra —protestó Lopaka—, y entre los dos queda puesto el dinero.

—Bien está —consintió Keawe—. Yo mismo siento curiosidad por verlo. ¡Vamos, enseñe usted su semblante, señor demonio!

Apenas hubo pronunciado estas palabras, el demonio salió de la botella, para volver a entrar en ella con la rapidez de una lagartija.

Keawe y Lopaka quedaron aterrorizados. Anocheció antes de que pudieran recobrar las fuerzas necesarias para mover el dedo meñique y articular una palabra.

Entonces Lopaka empujó el dinero hacia Keawe y cogió la botella.

—Soy un hombre de palabra... —repuso—, y si no fuera por eso, ni con el pie rozaría esta botella. En fin, tendré mi bergantín y algunos dólares para embolsármelos y me desembarazaré de este demonio tan deprisa como pueda. Pues, si te he de decirte la verdad, no quisiera volver a ver su fisonomía.

—Lopaka —declaró Keawe—, no me juzgues demasiado mal por lo que te voy a decir... Sé que es de noche, que los caminos son malos y que el paso por cerca de las landas es peligroso a esta hora; pero, después de haber visto la cara del demonio..., no podría comer, ni dormir, ni rezar hasta que no esté lejos de mí. Voy a darte una linterna, un cesto, para que pongas en él la botella y el cuadro que más te agrade de la casa, con tal de que te vayas enseguida a dormir a Hookena, a casa de Naina.

—Keawe —respondió Lopaka—, muchas personas que se encontrasen en mi lugar tomarían eso a mal..., sobre todo después de hacerte el favor amistoso de mantener mi palabra y de comprar la botella. Además, como tú mismo dices, la noche es muy oscura y la proximidad de las landas es diez veces más peligrosa para un hombre que lleva semejante pecado sobre la conciencia y semejante botella encima... Pero, por mi parte, estoy yo mismo tan aterrorizado, que no tengo corazón ni para reprochártelo. Me voy, pues, de aquí, y pido a Dios que seas dichoso en tu casa y que tenga yo suerte con mi bergantín, y que finalmente nos volvamos a encontrar los dos en el Paraíso, a pesar del diablo y de su botella.

Descendió, pues, Lopaka de la montaña, y Keawe permaneció en el balcón de la fachada escuchando el tintineo de los cascos del caballo, mirando el centelleo de la linterna a lo largo del sendero, a lo largo de la costa donde están excavadas las tumbas de antaño... Y mientras percibía los fulgores decrecientes, juntó las manos, rezó por su amigo, y dio gracias a Dios por verse libre él mismo del asunto.

El alba siguiente fue muy brillante y le pareció tan agradable su nueva casa que se olvidó de sus terrores.

Los días fueron sucediéndose, y Keawe vivió en una perpetua alegría. Tenía por rincón favorito el pórtico de detrás: allí era donde se hacía servir sus comidas y donde leía las historias de los periódicos de Honolulu. Además, cada vez que pasaba alguien, Keawe lo invitaba a visitar su casa y a admirar sus cuadros.

La celebridad de la casa iba creciendo y extendiéndose por todo el país de Kona. La llamaban

Ka Hale Nui, la «Gran Casa», y algunas veces la «Casa Brillante», pues Keawe había tomado a su servicio un criado chino que se pasaba todo el tiempo sacudiendo el polvo y bruñiéndolo todo, de suerte que las vidrieras, los dorados, los cuadros y hasta los suelos brillaban como otros tantos soles.

El mismo Keawe no podía pasearse a través de su casa sin echarse a cantar. Y cuando cruzaban los barcos frente a su vivienda, no dejaba de saludarlos haciendo ondear sus colores en el mástil de su bandera.

Algunos meses más tarde, Keawe fue a visitar a algunos amigos que tenía en Kailua. Lo trataron magníficamente; pero al día siguiente por la mañana se marchó, apretando el paso, pues se sentía impaciente por volver a contemplar su hermosa morada. Y además le preocupaba volver antes de que hubiese oscurecido, pues precisamente aquella noche era la noche en que los muertos de antaño salían de sus tumbas para visitar las laderas de las colinas de Kona. Después de sus relaciones con el diablo, Keawe no quería tener que vérselas con ningún aparecido.

Acababa de dejar atrás a Honaunau, cuando, mirando ante sí, descubrió a cierta distancia a una mujer que salía del agua después de haberse bañado en ella. Tenía el aspecto de ser una hermosa muchacha, pero no se fijó más en ella.

Cuando llegó a su altura había subido al sendero. Se echó a un lado para dejarla pasar, y con su *holoku*³ rojo, su tez refrescada por el baño y sus grandes ojos brillantes y dulces, la encontró encantadora. Por eso retuvo sus riendas.

—Creía conocer a todas las gentes del país —dijo—. ¿Cómo es que no os conozco?

—Soy Kokua, hija de Kiano, y he vuelto de Oahu estos días. ¿Quién sois?

—Dentro de un instante os diré quién soy —respondió Keawe, saltando del caballo—, pero no ahora, pues se me ha ocurrido una idea y, si supieseis quién soy, tal vez no contestaseis francamente a mis preguntas. Decidme, primero, una cosa: ¿estáis casada?

Al oír aquello Kokua se echó a reír.

—¡Vaya una pregunta! Y usted, ¿está casado?

—Evidentemente no, Kokua —replicó Keawe—, y ni jamás había pensado en el matrimonio hasta este momento. Pero he aquí la verdad... Te he encontrado en el borde del camino; he visto tus ojos, que son como estrellas, y mi corazón ha escapado hacia ti como un pájaro veloz. Y ahora, si no me quieres, dímelo, y me volveré a mi casa; pero si me juzgas tan favorablemente como juzgas a los demás hombres, te apartaré de mi camino e iré a pedir a tu padre la hospitalidad por una noche. Mañana por la mañana, le hablaré.

Kokua no respondió; se volvió hacia el mar y se echó a reír.

—Kokua —repuso Keawe—, puesto que nada dices, tomo tu silencio como una respuesta favorable. Condúceme, pues, a casa de tu padre.

Ella lo precedió, sin hablar, y únicamente algunas veces se volvía, y tenía sujetas las bridas de su caballo entre los dientes.

Cuando llegaron ante la puerta, Kiano, que había salido al mirador, mostró su sorpresa con una gran exclamación, y saludó a Keawe por su nombre.

De repente, la muchacha se estremeció; la reputación de la Gran Casa había llegado hasta sus oídos y, seguramente, la tentación sería grande. Durante toda aquella noche charlaron alegremente. La muchacha se mostró atrevida, incluso ante los ojos de sus padres, y no se privó de burlarse de Keawe, pues tenía el ingenio vivo.

Al día siguiente, después de haber hablado a Kiano, Keawe encontró a la muchacha sola.

—Kokua —dijo—, te estuviste burlando de mí durante toda la velada..., y aún estás a tiempo de decirme que me vaya. Ayer no quise declararte quién era, a causa de la hermosa casa y porque tenía miedo de que te decidieras por ella y no por mí, que te amo. Ahora, ya lo sabes todo; si deseas no volver a verme, mándame que me vaya de aquí.

³Holulu: vestimenta hawaiana.

—¡Quédate! —dijo Kokua. Y Keawe no preguntó más.

Así es como se realizaron los amores de Keawe; las cosas habían ido deprisa, pero también va deprisa la flecha, y aún más deprisa la bala de la carabina y, sin embargo, las dos alcanzan a menudo el fin.

La muchacha no cesaba de pensar en Keawe. Oía su voz en el ruido de la resaca contra los bloques de lava de la costa, y por aquel joven, al que no había visto más que dos veces, hubiera dejado a su padre, a su madre y hasta a su isla natal.

En cuanto a Keawe, su caballo volaba sobre el sendero de la montaña bajo la costa de las tumbas, y el eco de su canción y de los cascos de su caballo resonaban en las grutas de los muertos. Sin cesar de cantar, llegó a la Casa Brillante. Se sentó, comió sobre el ancho balcón, y el chino se quedó estupefacto al oír a su amo cantar entre bocado y bocado.

El sol se hundió en el mar y vino la noche. Keawe recorría sus balcones a la luz de la lámpara, y las alegres canciones que tarareaba llegaron hasta los marineros de los navíos.

«Heme aquí, ahora, en el colmo de la felicidad...—se dijo—. La vida no puede reservar para mí nada mejor. Estoy en la cima de la montaña. Voy, pues, por primera vez, a iluminar mi casa, a bañarme en mi suntuosa bañera, a hacer correr el agua caliente y el agua fría, y a dormir solo en el lecho de mi futura cámara nupcial».

El chino recibió, pues, orden de levantarse inmediatamente —el pobre truhán había ido a acostarse— y de encender las calderas.

Mientras encendía los hornillos oía a su amo cantar y regocijarse en la planta de arriba, en las habitaciones iluminadas. Cuando el agua estuvo caliente, el chino llamó a su amo. Keawe se trasladó al cuarto de baño, y el chino oyó cantar mientras llenaba la bañera de mármol. Le oyó cantar mientras se desnudaba y después, bruscamente, el canto cesó.

El chino agudizó el oído; inquieto, alzó la voz para saber si todo estaba en orden. Keawe le respondió que sí, y le ordenó que se fuera a acostar.

Pero, desde entonces, ya no hubo más canciones en la Casa Brillante, y, durante toda la noche, el chino oyó a su amo que recorría los balcones sin descanso.

He aquí lo que había ocurrido:

Mientras se desnudaba, Keawe descubrió sobre su cuerpo una placa como una mancha de líquen sobre una roca, y entonces fue cuando dejó de cantar. Pues, por el aspecto de aquella placa, había reconocido que estaba atacado de lepra china, ese mal horrible que te excluye insensiblemente de los vivos.

Tendría que abandonar su casa, tan vasta y tan cómoda..., separarse de todos sus amigos para ir a vivir en la costa septentrional de Molokaï, entre las rompientes y los arrecifes. ¡Era atroz verse herido de ese modo la mañana de sus esponsales!

Keawe permaneció un instante en equilibrio sobre el borde de la bañera, y después saltó, dando un grito, y se lanzó fuera para pasearse febrilmente, de un extremo a otro, sobre los balcones.

—Abandonaré Hawai, la tierra de mis padres, sin demasiada amargura —pensaba el infortunado—; abandonaré mi casa, tan admirablemente situada, con sus múltiples ventanas. Tendré valor para desterrarme, para vivir en el Molokaï, cerca de las rompientes de Kalaupapa, en compañía de aquellos a quienes hirió la cólera divina... Renunciaré a dormir cerca de mis antepasados... Pero, ¿qué mal he cometido, qué pecado ha ennegrecido mi alma para que haya encontrado a Kokua saliendo del mar, en el frescor de la tarde? ¡Kokua, que ha conquistado mi corazón! ¡Kokua, la luz de mi vida! Jamás podré casarme con ella, jamás contemplarla, jamás acariciarla con mis amorosas manos y por eso, por tu causa, ioh, Kokua!, es por lo que vierto estas lamentaciones.

He de haceros notar la honradez de Keawe, pues hubiera podido seguir viviendo durante años sin que nadie hubiese sospechado su enfermedad, y muchos otros lo hubieran hecho en su lugar, pues hay quienes tienen la conciencia de un cerdo. Pero Keawe amaba a la muchacha noblemente, y no quería exponerla al contagio del mal.

Poco después de medianoche se acordó, de improviso, de la existencia de la famosa botella. Bajó hasta el pórtico de detrás, y rememoró el día en que el demonio de la botella se le había aparecido. Ante aquella imagen se le heló la sangre.

—«Es algo espantoso esa botella —pensaba Keawe—; el diablo es bien horrible, y es terrible exponerse a las llamas del Infierno... Pero..., ¿qué otra esperanza tengo de curarme de mi mal y de casarme con Kokua...?».

—¡Bah! —prosiguió en voz alta—, ¿he afrontado al demonio para procurarme una casa, y no tendré valor para afrontarlo de nuevo por conquistar a Kokua?

Se acordó entonces de que al día siguiente el *Hall* tocaría en Hookena, con dirección a Honolulu.

—Es preciso que me embarque a bordo de ese barco y que vuelva a encontrar a Lopaka. Mi única esperanza se halla ahora en esa botella, de la que tan satisfecho estaba por haberme librado de ella.

No pudo pegar ojo durante toda la noche, ni a la mañana siguiente tomar bocado. Después de haber escrito una carta a Kiano, dejó su casa a la hora en que el buque debía llegar, y siguió el camino que pasaba por debajo de la costa, ante las grutas funerarias.

Llovía, y su caballo marchaba muy lentamente. Alzó los ojos hacia las sombrías entradas de las grutas, y envidió a los muertos que allí reposaban, exentos de preocupaciones.

Llegó, pues, a Hookena, donde, como de costumbre, se había reunido toda la gente para el paso del buque. En el cubierto de la Compañía las gentes bromeaban y se contaban las novedades, pero Keawe no tenía ganas de hablar. Se sentó, apartado, mirando caer la lluvia sobre los tejados y el salpicar de la resaca sobre las rocas, y algunos suspiros brotaron de su garganta.

—Keawe, el de la Casa Brillante, no está en la celebración —dijo alguien.

Nadie lo hubiera estado, por lo menos.

El *Hall* echó el ancla, descargó sus mercancías y la ballenera condujo a los pasajeros a bordo. La parte de popa estaba llena de blancos que, según la costumbre, habían ido a visitar el volcán. El falso puente hervía de canacos. Caballos de Kai y toros salvajes de Hilo estaban agrupados en la proa. Keawe, hundido en sus tristes pensamientos, continuó manteniéndose apartado. Se sentó sobre un banco, con los ojos fijos en la casa de Kiano, la cual se apreciaba muy baja sobre la arena, en medio de las negras rocas, y allí, cerca de la puerta, iba y venía un *holoku* rojo, apenas mayor que una mosca, que parecía muy atareado.

—¡Ah, reina de mi corazón! —exclamó el infortunado—. Por conquistarte voy a exponer mi preciosa alma.

Poco a poco anocheció. Se iluminaron las cabinas, y los blancos bajaron a ellas para beber whisky y jugar a las cartas, según la costumbre. Pero Keawe siguió yendo y viniendo por el puente durante toda la noche y todo el día siguiente. Cuando navegaron bajo el viento de Maïu, y luego, bajo el de Molokaï, seguía recorriéndolo como un animal salvaje en una casa de fieras.

Al anochecer, pasaron por la travesía de Punta Diamante y abordaron el muelle de Honolulu. Keawe desembarcó entre la multitud y comenzó a hacer indagaciones en busca de Lopaka. De este modo supo que su amigo había llegado a ser propietario del más hermoso bergantín que jamás habían visto en las islas, y que había zarpado con rumbo a Blabla y al lejano Kahiki. No había, pues, esperanza por el lado de Lopaka.

Keawe se acordó entonces de que Lopaka tenía un amigo, abogado en la ciudad (me veo obligado a callar su nombre), y se informó de sus señas. Le dijeron que este se había enriquecido de improviso y que acababa de hacerse construir una hermosa casa en las orillas del Waikiki.

Aquella información dio que pensar a Keawe. Buscó un coche, y se hizo conducir a la casa del abogado.

La casa estaba completamente nueva, y los árboles del jardín apenas tenían la altura de las escobas. El abogado, cuando apareció, tenía el aire de un hombre dichoso.

—¿Qué puedo hacer para servirle? —preguntó.

—Usted es amigo de Lopaka —replicó Keawe— y, en otro tiempo, Lopaka me compró cierta

botella, cuyo rastro quizá usted pudiera ayudarme a encontrar.

El rostro del abogado se ensombreció considerablemente.

—No quisiera disimular con usted, señor Keawe; pero esos son viejos y desagradables recuerdos que más vale no remover. No sé nada seguro; ya puede usted suponerlo; pero si quiere usted dirigirse a cierta persona..., imagino que ella podría informarle...

Y citó un nombre que prefiero igualmente callar.

Esta escena hubo de repetirse durante varios días. Keawe fue de uno a otro. Siempre encontraba trajes nuevos y coches, hermosas casas recientemente construidas y gentes felices, en las que, a decir verdad, se oscurecía el rostro cuando indicaba el motivo de su visita...

—Seguramente me encuentro sobre la pista —pensaba Keawe—. Esos trajes nuevos y esos coches son todos dones de la botella, y esos rostros felices son los de gentes que han sabido desembarazarse de la cosa maldita. Cuando vea una cara pálida y cuando oiga suspirar sabré que me hallo cerca de ella.

Por fin, llegó a casa de un blanco de Britania Street. Cuando llamó a su puerta, a la hora de la cena, reconoció los signos habituales: casa nueva, jardín bosquejado, electricidad en las ventanas...; pero cuando apareció el propietario, una oleada de esperanza y de temor recorrió el cuerpo de Keawe.

Tenía ante sí a un hombre joven, pálido como un cadáver, con los ojos rodeados por oscuros cercos, una calvicie precoz y aspecto de hombre que llevan a ahorcar.

«Ya he llegado seguramente» se dijo Keawe, que no pensó en ocultar el fin de su visita.

—He venido para comprar la botella —dijo.

Ante aquellas palabras, el joven de Britania Street se apoyó en la pared.

—La bo... tella —tartamudeó—, para comprar la botella...

Estuvo a punto de ahogarse y se puso sumamente encendido... Después agarró a Keawe por el brazo y lo arrastró al comedor, vertiendo vino en dos copas.

—A la vuestra —dijo Keawe, que en otro tiempo había frecuentado mucho a los blancos, y añadió—: sí, he venido para comprar la botella. ¿Cuál es el precio ahora?

Al oír aquellas palabras el joven dejó su copa y miró a Keawe como si hubiera mirado a un fantasma.

—El precio —dijo—, el precio, ¿no sabe usted el precio?

—Por eso os lo pregunto —replicó Keawe—. Pero, ¡parece usted muy agitado! ¿Es que hay algo de particular en el precio?

—Ha bajado mucho desde usted, señor Keawe —dijo el joven, tartamudeando.

—Bueno, bueno, tanto mejor... Eso menos tendré que desembolsar. ¿Cuánto os ha costado la botella?

El joven se puso pálido como un sudario.

—Dos céntimos —dijo.

—¿Qué? —exclamó Keawe—. ¿Dos céntimos? Pero, entonces, usted no puede revenderla más que por uno... y el que os la compre...

Las palabras murieron en la lengua de Keawe. El que la comprara no podría nunca volver a venderla. La botella y el diablo embotellado permanecerían con él hasta su muerte y después, aquello sería el Infierno.

El joven de Britania Street se arrojó de rodillas.

—¡Por el amor de Dios, compradla! —exclamó—. Os daré toda mi fortuna encima. Tuve que estar loco para comprarla por ese precio. Había metido mano en la caja de mi patrón y, de otro modo, habría ido a la cárcel.

—¡Pobre, criatura! —dijo Keawe— ¡Has puesto en peligro tu alma por tan poca cosa, y crees que he de vacilar teniendo ante mí el amor! Dadme la botella y la vuelta, que seguramente tiene. Tenga una moneda de cinco céntimos.

Keawe había supuesto bien. El joven tenía dispuesta la vuelta en un cajón.

La botella cambió de manos y, en cuanto le echó los dedos al cuello, Keawe manifestó el deseo de verse purificado.

Cuando volvió a su cuarto del hotel y pudo desnudarse, comprobó con satisfacción que estaba curado. Pero, cosa rara, apenas hubo comprobado aquel milagro, su espíritu cambió. ¡Ya no se preocupó más de la enfermedad china y menos aún de Kokua! No tuvo más que un solo pensamiento: que estaba ligado al diablo de la botella para el resto de su vida y que ardería en el Infierno durante toda la eternidad.

Veía arder ante él gigantescas llamas, y oía la risa irónica de los verdugos infernales. Su alma se encogió y las tinieblas le ocultaron la luz. Cuando Keawe volvió un poco en sí, se dio cuenta de que era de noche; la orquesta del hotel tocaba en los jardines. Y allí, en medio de las gentes alegres, marchó errante de un extremo al otro, pero los acentos de la música no lograban cubrir para él el ronquido de las llamas del Infierno, que llenaba sus oídos.

No obstante, como la orquesta comenzaba a tocar *Hi-ki-ao-ao*, canción que él había cantado con Kokua, recobró un poco de ánimo.

—Ahora, la suerte está echada —pensó—; disfrutemos, pues, del bien, puesto que sufrimos del mal.

Tomó entonces el primer barco para Hawai y, en cuanto pudo, se unió a Kokua y la llevó hasta la Casa Brillante. Mas, si cuando estaba con Kokua, Keawe veía desvanecerse sus temores, el horror de su suerte se le aparecía cada vez que se encontraba solo...

No cesaba entonces de ver brotar las llamas del fondo de la hoguera eterna y de oír los ronquidos del horno infernal.

Kokua se había entregado a él plenamente. Su corazón saltaba en su pecho apenas lo veía y sus manos se aferraban a las de él. Y de tal modo estaba hecha, desde los cabellos hasta las uñas de los dedos de los pies, que nadie podía verla sin alegría. Su carácter era sumamente agradable, y siempre tenía en los labios palabras amables. No cesaba de cantar, e iba, a través de la Casa Brillante, como un pinzón en su jaula de cristal.

Keawe la contemplaba y, escuchándola, se sentía dichoso. Después se daba una vuelta y se ponía a gemir y a llorar, pensando en el precio al que la había pagado. Necesitaba enseguida secar sus lágrimas, lavarse la cara y, después, unirse con ella sobre uno de los anchos balcones para mezclarse con sus canciones y responder a sus sonrisas.

Llegó un día en que los pies de Kokua se hicieron más pesados, en que sus canciones se hicieron más raras. Y, entonces, ya no era solo Keawe el que lloraba a escondidas.

Muy a menudo los dos esposos permanecían separados, sobre dos balcones opuestos, teniendo entre ellos toda la anchura de la Casa Brillante.

De tal modo estaba Keawe hundido en su desesperación que apenas observaba el cambio sobrevenido. Hasta era una especie de satisfacción para él poder disponer de más tiempo para llorar, y no verse ya casi nunca obligado a sonreír cuando su corazón estaba de luto.

Pero un día que pasaba silenciosamente a través de la casa oyó el sonido de unos sollozos infantiles. Descubrió a Kokua, que se revolcaba la cara sobre el suelo, y que lloraba como una perdida.

—Bien haces en llorar en esta casa, Kokua —dijo—. Sin embargo, me dejaría cortar la cabeza para que tú, por lo menos, pudieras ser dichosa.

—¿Dichosa, Keawe? —exclamó ella—. Cuando tú vivías solo en tu Casa Brillante tu felicidad era proverbial a través de las islas. No se oían más que risas y canciones desde la mañana hasta la noche, y tu rostro era tan claro como la aurora. Después, te has casado con la pobre Kokua, y desde entonces, sabe Dios qué es lo que en ella te desagrada, pero jamás has vuelto a sonreír sinceramente. ¡Oh! —gimió ella—. ¿Qué es lo que he hecho? Me creía linda y creía que te amaba. ¿Qué he hecho para haber echado esa nube sobre mi marido?

—¡Pobre Kokua! —pronunció Keawe.

Se sentó a su lado y trató de cogerle la mano; pero ella se la arrancó.

—¡Pobre Kokua! —repuso de nuevo—. ¡Mi pobre niña, mi preciosa! ¡Y yo que no pensaba más que en librarte de preocupaciones...! Pues bien, lo sabrás todo... Al menos, te compadecerás del pobre Keawe; al menos, comprenderás cuánto te amaba entonces, puesto que afrontó el Infierno para poseerte, y cuánto te ama aún, el pobre hombre, puesto que sabe todavía sonreír cuando te contempla.

Después de esto, le contó toda su historia, desde el comienzo.

—¿Tú has hecho eso por mí? —exclamó ella—. ¡Oh! Entonces me burlo de todo lo demás.

Lo estrechó amorosamente entre sus brazos y mezcló sus lágrimas con las suyas.

—¡Ah, criatura! —exclamó Keawe—. Yo no puedo burlarme, ¡ay!, de las llamas del Infierno.

—No te apenes tanto; es imposible que tú te condenes por haber amado a Kokua. Te digo, Keawe, que te salvaré con mis manos o pereceré contigo. ¡Conque has vendido tú tu alma porque amas y crees que para corresponderte no moriré yo por salvarte!...

—¡Ah, querida mía! Podrías tú morir cien veces, pero eso no serviría nada más que para dejarme solo hasta la hora de mi condenación.

—Tú no sabes nada —dijo ella—, y yo he sido educada en una pensión de Honolulu. No soy una muchacha vulgar... Y te lo digo: ¡yo salvaré a mi bien amado! Me has dicho que no hay moneda inferior a un céntimo. No todo el mundo es americano. En Inglaterra tienen una moneda que llaman *farthing* y que vale alrededor de medio céntimo; pero esto no adelanta gran cosa el asunto, pues el comprador quedaría condenado, y apenas si existen gentes tan valientes como mi Keawe. Felizmente, queda Francia; las gentes de allá tienen una moneda que llaman céntimo, y de la cual se necesitan cinco para hacer uno de los nuestros. No podríamos encontrar nada mejor. Ven, Keawe, vamos a vivir a las islas francesas; trasladémonos a Tahití tan pronto como los barcos puedan allí llevarnos. Allí tendremos cuatro céntimos, tres, dos, uno; cuatro ventas posibles, y nosotros seremos dos para impulsar la venta. Ven, mi Keawe, bésame y aparta de ti toda preocupación. Kokua te defenderá.

—¡Dios de Dios! —exclamó Keawe—. No puedo creer que Dios me castigue por haber deseado a una mujer tan perfecta. ¡Sea como tú desees! Llévame donde te plazca. Pongo mi vida y mi salud en tus manos.

Al día siguiente, muy temprano, Kokua comenzó sus preparativos. Tomó el baúl de marinero de Keawe, y lo primero que hizo fue meter la botella en un rincón. Después empaquetó sus vestidos más bonitos y los más lindos cacharros de la casa, «pues —dijo ella— importa que tengamos aspecto de gentes ricas; si no, no creerán en el poder de la botella».

Durante todo el tiempo de sus preparativos estuvo alegre como un pájaro. Solamente cuando contemplaba a Keawe las lágrimas brotaban de sus ojos, y se echaba sobre él para besarlo.

En cuanto a Keawe, se había quitado un peso de encima. Después de que su secreto se viera compartido y de tener ante él alguna esperanza, se sentía renacer a la vida, convertirse en un hombre nuevo. Su paso se había hecho más ligero y su semblante menos malo.

No obstante, experimentaba siempre cierto terror, y a veces moría en él la esperanza, como muere la llama de una bujía bajo un soplo de viento. Y de nuevo veía arder el Infierno. Se contó en el país que iba a hacer un viaje a Estados Unidos, lo que pareció extraño, aunque menos extraño que la realidad. Marcharen, pues, a Honolulu, a bordo del *Hall*, y después tomaron el *Unatilla*, hasta San Francisco, con un gran número de blancos.

En San Francisco se embarcaron en el bergantín *El pájaro de los Trópicos*, con destino a Papeete, capital de las islas francesas. Llegaron allí después de una agradable travesía. Hacía un hermoso día en Montuíté, con sus palmas, y el bergantín anclado en la bahía, y las casas blancas de la ciudad, hundida en medio de los árboles, y bajo las montañas coronadas de nubes, estaba la isla de Tahití, la isla de la Sabiduría.

Estimaron conveniente alquilar una casa frente al consulado de Inglaterra, con el fin de hacer

ostentación de su dinero y llamar la atención con sus coches y con sus caballos. Aquello les era sumamente fácil mientras tuviesen en su poder la botella..., pues Kokua era más atrevida que Keawe y no vacilaba en hacer peticiones.

En esas condiciones no tardaron en hacerse notar en la población. Todo el mundo hablaba de los extranjeros de Hawai y de sus soberbios carruajes, de los hermosos *holokus* y de los ricos encajes de Kokua.

No tardaron en familiarizarse con el lenguaje de Tahití, que se parece mucho al de Hawai, aparte del cambio de algunas letras. Y en cuanto dominaron el dialecto trataron de vender la botella.

El asunto era difícil de abordar. No es cómodo persuadir a las gentes de que se obra de buena fe cuando por cuatro céntimos se les ofrece una fuente de riquezas inagotables. Aparte de eso, era necesario explicar los peligros de la botella, y en ese caso, o bien las gentes se mostraban incrédulas o, pensando en los peligros que sus almas corrían, se apartaban de Keawe y de Kokua como de agentes del Infierno.

De suerte que, lejos de ganar terreno, la infortunada pareja se vio pronto evitada por toda la población. Los niños huían dando gritos al divisarles, lo que afectaba mucho a Kokua. Los católicos se santiguaban a su paso, y hasta los más atrevidos encontraban pretextos para librarse de sus avances.

La depresión se apoderó de sus espíritus. Llegada la noche, después del cansancio del día, permanecían horas y horas sin intercambiar una palabra, o bien el silencio se veía bruscamente roto por los sollozos de Kokua.

A veces rezaban juntos. A veces dejaban la botella en el suelo, entre ellos, y, durante toda la velada, miraban agitarse la sombra que contenía, hasta que el sueño les cogía en su asiento.

Una noche Kokua se durmió de ese modo, arrodillada sobre el suelo. Cuando se despertó, Keawe había desaparecido; el temor se apoderó de ella.

Un rayo de luna se filtraba a través de las persianas; dentro de la habitación reinaba cierta claridad, y en el centro, la botella relucía. Fuera, soplaba el viento violentamente; los grandes árboles de la avenida se quejaban en lo alto, y las hojas muertas resonaban copiosamente, como granizo, sobre el techo del mirador.

En el espacio de una calma, Kokua distinguió un ruido distinto; animal u hombre, un ser se quejaba lúgubrementemente en la noche. Kokua se levantó despacio, entreabrió la puerta y miró al patio, bañado por la luna. Allá lejos, sobre el polvo, bajo el plátano, yacía Keawe, quejándose de un modo que desgarraba el alma. La primera idea de Kokua fue precipitarse hacia él para consolarlo. La segunda, la retuvo. Keawe se había contenido valientemente ante ella. No hubiera sido, pues, caritativo ir a turbarlo en la hora de sus debilidades y de su vergüenza, puesto que prefería sufrir sin testigos. Volvió, pues, a entrar en la casa.

«¡Cielos —pensó ella—, qué despreocupada y qué loca he sido! ¡Por mi amor se ha condenado!... ¡Ha sido preciso que estuviese ciega para no comprender mi deber! Ahora..., al menos, voy a coger mi alma entre las dos manos de mi cariño. Necesito despedirme de los blancos peldaños del Paraíso. ¡Amor con amor se paga! ¡El mismo igualará al de Keawe! ¡Un alma por otra alma, y perezca la mía!».

Kokua no perdió tiempo en su tocado. Se proveyó de una moneda, de los preciosos céntimos que conservaban siempre con ellos, pues eran muy poco usados, y habían hecho provisión de ellos en las oficinas del gobierno.

Cuando salió a la calle, las nubes, empujadas por el viento, enmascaraban la luna. La ciudad dormía, y no estaba muy segura de cómo orientar los pasos. De pronto oyó a alguien toser en la sombra de los árboles.

—Viejo —dijo Kokua—, ¿qué haces aquí, completamente solo, fuera, estando la noche tan fría?

El viejo sufrió todas las penas del mundo para contestar, pues de tal modo le ahogaban los golpes de tos. Lo único que ella comprendió fue que estaba en la miseria, sin fuego ni hogar, y que era extranjero en la isla.

—¿Quieres hacerme un servicio? —preguntó Kokua—. Como un extranjero ayuda a otro... Como un buen viejo puede ayudar a una desgraciada muchacha de Hawai.

—¡Ah! ¡Ah! —exclamó el anciano—. Luego eres tú la bruja de las ocho islas, y tratas de apoderarte de mi vieja alma... Pero ya he oído hablar de tus maleficios y ya estoy sobre aviso.

—Siéntate ahí —dijo Kokua—, y déjame contarte una historia. Y le contó la historia de Keawe, desde el principio hasta el fin.

—Así, pues —concluyó ella—, yo soy su mujer, la que él ha conquistado pagando con su alma. ¿Qué puedo hacer? Si le ofreciese comprar la botella, se negaría... Pero si eres tú quien se presenta, te la venderá de buena gana. Tú se la comprarás por cuatro céntimos, y yo te la volveré a comprar por tres. ¡Dios me da fuerzas para cumplir con mi deber!

—¡Si tratases de engañarme —dijo el viejo—, creo que Dios fulminaría un rayo sobre ti!

—Lo haría, seguramente —exclamó Kokua—, y lo habría merecido si te traicionase de ese modo. Dios no lo consentiría.

—Dame los cuatro céntimos y aguárdame aquí —dijo el viejo.

Cuando Kokua se quedó sola, su valor se debilitó; el viento rugía en los árboles, y aquello le parecía el rugido de las llamas del Infierno. Si hubiese tenido fuerzas para hacerlo, habría huido. Si hubiese tenido aliento, se hubiera lamentado de su desgracia, pero no sabía más que temblar en la alameda desierta.

Después vio que el viejo volvía con la botella en la mano.

—He ejecutado tus instrucciones —dijo—. Al separarme de tu marido lloraba como un niño; esta noche dormiré tranquilo.

Y le tendió la botella.

—Antes de dárme la —gimió Kokua—, aprovéchate de su poder. Pide verte libre de tu tos.

—Soy viejo —replicó el otro—, y estoy demasiado cerca de las puertas de la dicha para aceptar nada del diablo. Pero..., ¿qué es eso? ¿Por qué no recobras la botella? ¿Es que vacilas?

—No vacilo —exclamó Kokua—, únicamente que me siento débil; concédeme un momento. Es mi mano la que se resiste; mis músculos se contraen para impedirme tocar la cosa maldita... Un momento tan solo.

El viejo miraba a Kokua con bondad.

—¡Pobre criatura! —gimió—. Tienes miedo; tu valor te traiciona. Pues bien, yo la guardaré; soy viejo y ya no puedo ser feliz en este mundo. ¡En cuanto al otro!...

—¡Dámela! —dijo Kokua—. Ahí tienes tu dinero. ¡Piensas que soy tan bribona! ¡Dame la botella!

—¡Dios te bendiga, hija mía! —dijo el anciano.

Kokua ocultó la botella bajo su *holoku*, se despidió del viejo "y siguió la avenida en línea recta, sin saber adónde iba. Ya entonces todos los caminos eran iguales para ella. Todos los caminos la llevarían al Infierno.

Unas veces andaba, otras corría. Unas veces gritaba en la noche, y otras se arrojaba sobre el polvo, a orillas del camino, para llorar. Todo cuanto había oído contar acerca del Infierno volvía a su memoria. Veía arder llamas; el olor del humo acre subía a su nariz, y el de su carne asada sobre los carbones ardientes.

Al hacerse de día volvió en sí y llegó a la casa. El viejo había dicho la verdad: Keawe dormía tan apaciblemente como un recién nacido. Kokua, de pie, miró su rostro.

«Y ahora, mi querido marido —pensó—, te ha llegado la hora de dormir. Cuando te despiertes, te tocará cantar y estar alegre; para la pobre Kokua, ¡ay!, para la pobre Kokua, que se ha sacrificado por su amor, ya no habrá más sueño, ni cantos, ni más placeres sobre la tierra».

Tras esto, se acostó junto a Keawe, y era tan extrema su miseria, que se durmió instantáneamente.

Muy tarde, por la mañana, su marido la despertó para comunicarle la buena noticia. ¡Estaba loco de alegría! No prestó ninguna atención a su angustia, aunque ella la disimulaba bastante mal. Incapaz de hablar, callaba..., pero Keawe se sentía locuaz por los dos.

Ella no comió, pero nadie lo notó... Keawe limpiaba el plato. Kokua lo miraba y le oía como en un sueño. Había momentos en que se olvidaba, en que dudaba, en que se agarraba la frente con las manos. Le parecía monstruoso saberse condenada y oír bromear a su marido.

Mientras tanto, Keawe comía y hablaba, hacía planes para su vuelta, le agradecía el haberle salvado con su talento, y la cubría de caricias. Se burlaba del viejo, lo bastante idiota como para haber comprado la botella.

—Parecía un anciano digno; pero nadie debe juzgar por las apariencias. ¿Para qué diablos el reprobado viejo necesitaría la botella?

—Marido mío —respondió Kokua humildemente—, tal vez su intención era buena.

Keawe se burlaba.

—¡Verdad es que yo la compré por un céntimo cuando ignoraba que hubiese moneda de menor valor! Pero yo fui un idiota, y él no volverá a encontrar jamás a otros iguales. Ahora, cualquiera que compre la botella, la llevará hasta el Infierno.

—¡Oh, marido mío! —respondió Kokua—. ¿No es algo terrible salvarse por la ruina eterna de otro? Me parece que yo no me atrevería a reír. Me sentiría llena de melancolía y rezaría por el alma del desgraciado poseedor.

Keawe, que comprendía lo justo de sus declaraciones, se sintió en seguida dominado por una violenta cólera.

—Ponte melancólica, si eso te agrada. Eres una mala mujer. ¡Si pensases algo en mí, aunque fuese poco, te sentirías avergonzada!

Con lo cual salió, y Kokua se quedó sola.

¿Qué probabilidad tenía ella de vender la botella por dos céntimos? Absolutamente ninguna... Y si hubiese tenido una, ¿no iba pronto a llevársela su marido a un país donde el céntimo no tenía curso?

Para colmo, al día siguiente de su sacrificio, su marido la abandonaría y la insultaría. Ni siquiera trató de aprovechar el tiempo que le quedaba para vender la botella. Estuvo en casa, contemplándola con un terror inexpressable, ocultándola al menor ruido.

Al anoecer volvió Keawe y quiso llevarla a dar un paseo en coche.

—Amigo mío, estoy enferma —pretextó ella—, no me encuentro bien. Dispénsame, pero no tengo ánimos para ir a divertirme.

La cólera de Keawe no hizo más que aumentar; estaba furioso con su mujer porque suponía que se lamentaba acordándose del viejo. Y furioso consigo mismo, porque comprendía que ella tenía razón y que él debería sentirse avergonzado de ser dichoso.

—¡Es linda tu fidelidad! ¡Es lindo tu cariño! Conque se libra tu marido de la condena eterna, a la que se había expuesto por tu amor, y no tienes ánimos para divertirme. ¡Kokua, eres una mala mujer!

Y se fue de allí gruñendo, y erró por la ciudad. Se encontró con varios amigos, y brindó con ellos. Alquilaban un coche y fueron a beber al campo.

Durante todo ese tiempo, Keawe no se sentía a gusto, pues se divertía mientras su mujer estaba triste, y además sabía en el fondo de su corazón que ella tenía más razón que él. Para olvidarse se puso a beber cada vez más.

Pronto no quedó para brindar con él más que un blanco verdaderamente bruto, un blanco que había sido piloto de un bacinero, desertor, buscador de oro y forzado.

Era un individuo grosero, al que le gustaba ver borrachos a los demás. Empujaba a Keawe para que bebiese. Pronto se quedaron sin dinero.

—Oye, tú —dijo de repente el forzado—, según parece, tú eres rico... Dicen que tienes cierta botella.

—Sí —reconoció Keawe—, soy rico; voy a volver a mi casa y a pedirle dinero a mi mujer, que tiene la caja.

—Si quieres un buen consejo, compañero —gruñó el otro—, no dejes tus dólares en poder de

unas faldas. Es preciso no tener confianza en esas perras, pues son falsas como Judas.

Keawe estaba completamente borracho.

Las últimas palabras le conmovieron.

—¡En efecto, no me extrañaría que fuese falsa! —pensó—. De otro modo, ¿por qué iba a afligirse de esa manera por mi buena suerte? Yo le enseñaré que a mí no se me engaña...

Los dos hombres volvieron a la ciudad. Keawe rogó al ex piloto que le esperase en una esquina, y marchó solo, siguiendo la avenida, hasta su casa. Entonces era ya completamente de noche. En el interior había una luz, no se oía un ruido. Keawe dio silenciosamente una vuelta a la casa y abrió suavemente la puerta de detrás. Kokua estaba tendida sobre el suelo, con la lámpara a su lado. Ante ella se hallaba una botella de color lechoso, con un vientre redondo y un largo cuello... Kokua se retorció las manos desesperada.

Durante largo tiempo, Keawe permaneció inmóvil en el umbral de la puerta, sin comprender nada, como petrificado...

Pensó después que el trato tal vez no había sido bueno, en su debida forma, y que la botella había vuelto a su poder, tal y como había ocurrido en San Francisco.

Esto le entristeció por completo, y se le ocurrió otra idea que hizo afluir la sangre a sus mejillas.

—Es preciso que tenga el corazón puro —pensó.

Cerró, pues, la puerta silenciosamente, rehizo, sin ruido, la vuelta a la casa, y entró ruidosamente por la parte delantera, como si entonces llegase. Y cuando entró en la habitación, la botella había desaparecido.

Kokua estaba sentada en una silla y hacía como si saliese de un sopor.

—He pasado el día bebiendo y corriendo una juerga —dijo Keawe—. He estado con algunos buenos amigos, y ahora he venido a buscar dinero para volver a seguir bebiendo con ellos.

Su rostro y su voz eran tan graves como si sonaran en el Juicio final; pero Kokua estaba demasiado agitada para darse cuenta de ello.

—Haces bien en divertirme, marido mío —dijo ella con temblorosa voz.

—Hago siempre bien lo que hago —respondió Keawe, que se fue derecho al baúl para coger allí dinero.

Al hacerlo, miró el rincón donde en otro tiempo se encontraba la botella... Allí ya no estaba.

—Es lo que yo me temía —pensó—; es ella quien la ha comprado. El sudor corría por su rostro tan copiosamente como la lluvia, tan frío como el agua de la fuente.

—Kokua —dijo—, esta mañana, antes de irme a unir con mis alegres compañeros, te he dicho palabras crueles; para continuar divirtiéndome, desearía que me perdonases...

Ella le cogió las rodillas y se las besó llorando.

—¡Oh! —exclamó ella—. No te pedía más que algunas tiernas palabras.

—No pensemos jamás mal el uno del otro —dijo Keawe, y salió de la casa.

Mas Keawe no había hecho más que coger algunos céntimos que habían apartado a su llegada. Os aseguro que no tenía humor para beber. Su mujer había dado su alma por él, y él daría entonces la suya por ella.

En la esquina de la avenida el ex piloto le aguardaba.

—Mi mujer tiene la botella —declaró a quemarropa Keawe—, y a menos que no me ayudes a quitársela, no tendremos esta noche ni más dinero ni más licores.

—No vas a hacerme creer que esa botella existe realmente —exclamó el antiguo piloto.

—Estamos en pleno claro de luna —dijo Keawe—. ¿Tengo cara de burlarme de ti?

—Eso no —reconoció el ex piloto —, estás tan serio como un juez.

—Pues bien, entonces —prosiguió Keawe —, aquí tienes los céntimos. Vete a buscar a mi mujer y ofréceselos a cambio de la botella. Si mucho no me engaño, te la dará enseguida. Tráemela, y yo te la volveré a comprar por un céntimo, pues esa es la ley de la botella, que el precio de compra vaya en disminución. De todos modos, guárdate de decir que vas de mi parte.

—¡Querido, me estoy preguntando si es que te quieres burlar de mí!

—Si lo dudas, puedes ensayar su poder. En cuanto hayas dejado la casa, desea tener tus bolsillos llenos de dinero, o una botella del mejor ron, o lo que te plazca, y juzgarás de su virtud.

—Muy bien, Canaco. Ensayaré... Pero si te diviertes a mi costa, yo me divertiré a la tuya.

El ballenero subió por la avenida, y Keawe lo aguardó.

Por una extraña coincidencia, era el mismo sitio donde Kokua había esperado al viejo la noche anterior; pero Keawe estaba más resuelto. Tan solo su alma se sentía amargada por la desesperación.

El tiempo le pareció muy largo. Por fin, oyó una voz que cantaba en la oscuridad de la avenida. Reconoció la del timonel. Pronto llegó el hombre, tambaleándose, por el espacio iluminado por la luna. Llevaba la botella del diablo en el interior de su abotonado abrigo, y otra en la mano. Al aproximarse, se llevó la última a los labios.

—Ya la tienes —exclamó Keawe—. La veo.

—Abajo esas patas —gruñó el piloto, dando un salto hacia atrás—. Acércate un poco a ver, y te rompo la cabeza. Si crees que a mí se me maneja de ese modo, te equivocas.

—¿Qué quieres decir?

—¿Que qué quiero decir? Que encuentro que esa botella hace bien mi negocio. No me explico cómo he hecho para lograrla por dos céntimos, pero lo que es seguro es que tú no la conseguirás por uno.

—¡Qué! ¿Te niegas a vendérmela?

—Sí, me niego... ¿Y aun lo preguntas?... Pero quiero darte un trago de ron por el trabajo.

—Te repito —insistió Keawe, concienzudo— que aquel que conserve la botella irá al Infierno.

—¡De todos modos, estoy seguro de ir a él —dijo el ex convicto—, y esta botella es la mejor compañera que hubiera podido descubrir para ese camino! No, amigo, esta botella es mi botella ahora, y ya puedes correr si quieres una parecida.

—¡Es posible! —balbuceó Keawe—. Por la salud de tu alma te lo suplico: idámela!

—Me importa poco lo que puedas decir —replicó el piloto—. ¡Me has tomado por un tonto, y no lo soy; eso es todo! Si no quieres un trago de ron, me lo tomaré yo. ¡A tu salud, y buenas noches por la compañía!

Siguió, pues, la avenida, en dirección a la ciudad, y la botella desapareció para siempre de mi historia.

Pero Keawe corrió a unirse con Kokua, tan ligero como el viento. Y aquella noche, la alegría del matrimonio fue grande.

Desde entonces, sé que en la Casa Brillante vivieron dichosos.

Los ojos verdes, Gustavo Adolfo Bécquer

Hace mucho tiempo que tenía ganas de escribir cualquier cosa con este título.

Hoy, que se me ha presentado ocasión, lo he puesto con letras grandes en la primera cuartilla de papel, y luego he dejado a capricho volar la pluma.

Yo creo que he visto unos ojos como los que he pintado en esta leyenda. No sé si en sueños, pero yo los he visto. De seguro no los podré describir tales cuales ellos eran, luminosos, transparentes, como las gotas de la lluvia que se resbalan sobre las hojas de los árboles después de una tempestad de verano. De todos modos, cuento con la imaginación de mis lectores para hacerme comprender en este que pudiéramos llamar boceto de un cuadro que pintaré algún día.

* * *

—Herido va el ciervo..., herido va; no hay duda. Se ve el rastro de la sangre entre las zarzas del monte, y al saltar uno de esos lentiscos han flaqueado sus piernas... Nuestro joven señor comienza por donde otros acaban... En cuarenta años de montero no he visto mejor golpe... Pero, ¡por San Saturio, patrón de Soria!, cortadle el paso por esas carrascas, azuzad los perros, soplad en esas trompas hasta echar los hígados y hundidles a los corceles una cuarta de hierro en los ijares; ¿no veis que se dirige hacia la fuente de los Álamos, y si la salva antes de morir podemos darle por perdido?

Las cuencas del Moncayo repitieron de eco en eco el bramido de las trompas, el latir de la jauría desencadenada, y las voces de los pajes resonaron con nueva furia, y el confuso tropel de hombres, caballos y perros se dirigió al punto que Íñigo, el montero mayor de los marqueses de Almenar, señalara como el más a propósito para cortarles el paso a la res.

Pero todo fue inútil. Cuando el más ágil de los lebreles llegó a las carrascas jadeante y cubiertas las fauces de espuma, ya el ciervo, rápido como una saeta, las había salvado de un solo brinco, perdiéndose entre los matorrales de una trocha que conducía a la fuente.

—¡Alto!... ¡Alto todo el mundo! -gritó Íñigo entonces-. Estaba de Dios que había de marcharse.

Y la cabalgata se detuvo, y enmudecieron las trompas, y los lebreles, refunfuñando, dejaron la pista a la voz de los cazadores.

En aquel momento se reunía a la comitiva el héroe de la fiesta, Fernando de Argensola, el primogénito de Almenar.

—¿Qué haces? —exclamó, dirigiéndose a su montero, y en tanto, ya se pintaba el asombro en sus facciones, ya ardía la cólera en sus ojos—. ¿Qué haces, imbécil? ¡Es que la pieza está herida, que es la primera que cae por mi mano, y abandonas el rastro y la dejas perder para que vaya a morir en el fondo del bosque! ¿Crees acaso que he venido a matar ciervos para festines de lobos?

—Señor —murmuró Íñigo entre dientes—, es imposible pasar de este punto.

—¡Imposible! ¿Y por qué?

—Porque esa trocha —prosiguió el montero— conduce a la fuente de los Álamos; la fuente de los Álamos, en cuyas aguas habita un espíritu del mal. El que osa enturbiar su corriente paga caro su atrevimiento. Ya la res habrá salvado sus márgenes; ¿cómo la salvaréis vos sin atraer sobre vuestra cabeza alguna calamidad horrible? Los cazadores somos reyes del Moncayo, pero reyes que pagan un tributo. Pieza que se refugia en esa fuente misteriosa, pieza perdida.

—¡Pieza perdida! Primero perderé yo el señorío de mis padres, y primero perderé el ánimo en manos de Satanás que permitir que se me escape ese ciervo, el único que ha herido mi venablo, la primicia de mis excursiones de cazador... ¿Lo ves?... ¿Lo ves?... Aún se distingue a intervalos desde aquí..., las piernas le fallan, su carrera se acorta; déjame..., déjame...; suelta esa brida o te revuelco en el polvo... ¿Quién sabe si no le daré lugar para que llegue a la fuente? Y si llegase, al diablo ella, su limpidez y sus habitantes. ¡Sus! ¡Relámpago! ¡Sus, caballo mío! Si lo alcanzas, mando engarzar los diamantes de mi joyel en tu serreta de oro.

Caballo y jinete partieron como un huracán. Íñigo los siguió con la vista hasta que se perdieron en la maleza; después volvió los ojos en derredor suyo; todos, como él, permanecieron inmóviles y consternados.

El montero exclamó al fin:

—Señores, vosotros lo habéis visto, me he expuesto a morir entre los pies de su caballo por detenerle. Yo he cumplido con mi deber. Con el diablo no sirven valentías. Hasta aquí llega el montero con su ballesta; de aquí adelante, que pruebe a pasar el capellán con su hisopo.

* * *

—Tenéis la color quebrada; andáis mustio y sombrío; ¿qué os sucede? Desde el día, que yo siempre tendré por funesto, en que llegasteis a la fuente de los Álamos en pos de la res herida, diríase que una mala bruja os ha encanijado con sus hechizos.

Ya no vais a los montes precedido de la ruidosa jauría, ni el clamor de vuestras trompas despierta sus ecos. Solo con esas cavilaciones que os persiguen, todas las mañanas tomáis la ballesta para enderezaros en la espesura y permanecer en ella hasta que el sol se esconde. Y cuando la noche oscurece y volvéis pálido y fatigado al castillo en balde busco en la bandolera los despojos de la caza. ¿Qué os ocupa tan largas horas lejos de los que más os quieren?

Mientras Íñigo hablaba, Fernando, absorto en sus ideas, sacaba maquinalmente astillas de su escaño de ébano con el cuchillo de monte.

Después de un largo silencio, que sólo interrumpía el chirrido de la hoja al resbalarse sobre la pulimentada madera, el joven exclamó dirigiéndose a su servidor, como si no hubiera escuchado una sola de sus palabras:

—Íñigo, tú que eres viejo; tú que conoces todas las guaridas del Moncayo, que has vivido en sus faldas persiguiendo a las fieras y en tus errantes excursiones de cazador subiste más de una vez a su cumbre, dime: ¿has encontrado por acaso una mujer que vive entre sus rocas?

—¡Una mujer! —exclamó el montero con asombro y mirándole de hito en hito.

—Sí —dijo el joven—; es una cosa extraña lo que me sucede, muy extraña... Creí poder guardar ese secreto eternamente, pero no es ya posible; rebosa en mi corazón y asoma a mi

semblante. Voy, pues, a revelártelo... Tú me ayudarás a desvanecer el misterio que envuelve a esa criatura, que, al parecer, sólo para mí existe, pues nadie la conoce, ni la ha visto, ni puede darme razón de ella.

El montero, sin desplegar los labios, arrastró su banquillo hasta colocarlo junto al escaño de su señor, del que no apartaba un punto los espantados ojos. Éste, después de coordinar sus ideas, prosiguió así:

—Desde el día en que, a pesar de tus funestas predicciones, llegué a la fuente de los Álamos y, atravesando sus aguas, recobré el ciervo que vuestra superstición hubiera dejado huir, se llenó mi alma del deseo de la soledad.

Tú no conoces aquel sitio. Mira, la fuente brota escondida en el seno de una peña y cae resbalándose gota a gota por entre las verdes y flotantes hojas de las plantas que crecen al borde de su cuna. Aquellas gotas, que al desprenderse brillan como puntos de oro y suenan como las notas de un instrumento, se reúnen entre los céspedes, y, susurrando, susurrando, con un ruido semejante al de las abejas que zumban en torno de las flores, se alejan por entre las arenas, y forman un cauce, y luchan con los obstáculos que se oponen a su camino, y se repliegan sobre sí mismas, y saltan, y huyen, y corren, unas veces con risa, otras con suspiros, hasta caer en un lago. En el lago caen con un rumor indescriptible. Lamentos, palabras, nombres, cantares, yo no sé lo que he oído en aquel



rumor cuando me he sentado solo y febril sobre el peñasco a cuyos pies saltan las aguas de la fuente misteriosa para estancarse en una balsa profunda, cuya inmóvil superficie apenas riza el viento de la tarde.

Todo es allí grande. La soledad con sus mil rumores desconocidos vive en aquellos lugares y embriaga el espíritu en su inefable melancolía. En las plateadas hojas de los álamos, en los huecos de las peñas, en las ondas del agua parecen que nos hablan los invisibles espíritus de la Naturaleza, que reconocen un hermano en el inmortal espíritu del hombre.

Cuando, al despuntar la mañana, me veías tomar la ballesta y dirigirme al monte, no era nunca para perderme entre sus matorrales en pos de la caza, no; iba a sentarme al borde de la fuente, a buscar en sus ondas... no sé qué, ¡una locura! El día en que salté sobre ella con mi Relámpago creí haber visto brillar en su fondo una cosa extraña..., muy extraña...: los ojos de una mujer.

Tal vez sería un rayo de sol que serpeó fugitivo entre su espuma; tal vez una de esas flores que flotan entre las algas de su seno, y cuyos cálices parecen esmeraldas..., no sé; yo creí ver una mirada que se clavó en la mía; una mirada que encendió en mi pecho un deseo absurdo, irrealizable: el de encontrar una persona con unos ojos como aquellos.

En su busca fui un día y otro a aquel sitio.

Por último, una tarde... yo me creí juguete de un sueño...; pero no, es verdad; la he hablado ya muchas veces, como te hablo a ti ahora...; una tarde la encontré sentada en mi puesto, y vestida con unas ropas que llegaban hasta las aguas y flotaban sobre su haz, una mujer hermosa sobre toda ponderación. Sus cabellos eran como el oro; sus pestañas brillaban como hilos de luz, y entre las pestañas volteaban inquietas unas pupilas que yo había visto..., sí, porque los ojos de aquella mujer eran de un color imposible; unos ojos...

—¡Verdes! -exclamó Íñigo con un acento de profundo terror, e incorporándose de un salto en su asiento.

Fernando le miró a su vez como asombrado de que concluyese lo que iba a decir, y le preguntó con una mezcla de ansiedad y de alegría:

—¿La conoces?

—¡Oh no! -dijo el montero—. ¡Líbreme Dios de conocerla! Pero mis padres, al prohibirme llegar hasta esos lugares, me dijeron mil veces que el espíritu, trasgo, demonio o mujer que habita en sus aguas, tiene los ojos de ese color. Yo os conjuro, por lo que más améis en la tierra, a no volver a la fuente de los Álamos. Un día u otro os alcanzará su venganza, y expiaréis muriendo el delito de haber encenagado sus ondas.

—¡Por lo que más amo!... —murmuró el joven con una triste sonrisa.

—Sí —prosiguió el anciano—: por vuestros padres, por vuestros deudos, por las lágrimas de la que el cielo destina para vuestra esposa, por las de un servidor que os ha visto nacer...

—¿Sabes tú lo que más amo en este mundo? ¿Sabes tú por qué daría yo el amor de mi padre, los besos de la que me dio la vida, y todo el cariño que puedan atesorar todas las mujeres de la tierra? Por una mirada, por una sola mirada de esos ojos... ¡Cómo podré yo dejar de buscarlos!

Dijo Fernando estas palabras con tal acento, que la lágrima que temblaba en los párpados de Íñigo se resbaló silenciosa por su mejilla, mientras exclamó con acento sombrío:

—¡Cúmplase la voluntad del cielo!

* * *

—¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu patria? ¿En dónde habitas? Yo vengo un día y otro en tu busca, y ni veo el corcel que te trae a estos lugares, ni a los servidores que conducen tu litera. Rompe de una vez el misterioso velo en que te envuelves como en una noche profunda. Yo te amo, y, noble o villana, seré tuyo, tuyo siempre...

El sol había traspuesto la cumbre del monte; las sombras bajaban a grandes pasos por su falda; la brisa gemía entre los álamos de la fuente, y la niebla, elevándose poco a poco de la superficie del lago, comenzaba a envolver las rocas de su margen.

Sobre una de estas rocas, sobre una que parecía próxima a desplomarse en el fondo de las aguas, en cuya superficie se retrataba, temblando, el primogénito de Almenar, de rodillas a los pies de su misteriosa amante, procuraba en vano arrancarle el secreto de su existencia.

Ella era hermosa, hermosa y pálida como una estatua de alabastro. Uno de sus rizos caía sobre sus hombros, deslizándose entre los pliegues del velo, como un rayo de sol que atraviesa las nubes, y en el cerco de sus pestañas rubias brillaban sus pupilas, como dos esmeraldas sujetas en una joya de oro.

Cuando el joven acabó de hablarle, sus labios se removieron como para pronunciar algunas palabras; pero sólo exhalaban un suspiro, un suspiro débil, doliente, como el de la ligera onda que empuja una brisa al morir entre los juncos.

—¡No me respondes! —exclamó Fernando al ver burlada su esperanza—. ¿Querrás que dé crédito a lo que de ti me han dicho? ¡Oh! No... Háblame; yo quiero saber si me amas; yo quiero saber si puedo amarte, si eres una mujer...

—O un demonio... ¿Y si lo fuese?

El joven vaciló un instante; un sudor frío corrió por sus miembros; sus pupilas se dilataron al fijarse con más intensidad en las de aquella mujer, y, fascinado por su brillo fosfórico, demente casi, exclamó en un arrebato de amor:

—Si lo fueses..., te amaría como te amo ahora, como es mi destino amarte, hasta más allá de esta vida, si hay algo más allá de ella.

—Fernando —dijo la hermosa entonces con una voz semejante a una música—, yo te amo más aún que tú me amas; yo que desciendo hasta un mortal, siendo un espíritu puro. No soy una mujer como las que existen en la tierra; soy una mujer digna de ti, que eres superior a los demás hombres.

Yo vivo en el fondo de estas aguas; incorpórea como ellas, fugaz y transparente, hablo con sus rumores y ondulo con sus pliegues. Yo no castigo al que osa turbar la fuente donde moro; antes le premio con mi amor, como a un mortal superior a las supersticiones del vulgo, como a un amante capaz de comprender mi cariño extraño y misterioso.

Mientras ella hablaba así, el joven, absorto en la contemplación de su fantástica hermosura, atraído como por una fuente desconocida, se aproximaba más y más al borde de la roca. La mujer de los ojos verdes prosiguió así:

—¿Ves, ves el límpido fondo de ese lago, ves esas plantas de largas y verdes hojas que se agitan en su fondo?... Ellas nos darán un lecho de esmeraldas y corales... y yo... te daré una felicidad sin nombre, esa felicidad que has soñado en tus horas de delirio, y que no puede ofrecerte nadie... Ven; la niebla del lago flota sobre nuestras frentes como un pabellón de lino...; las ondas nos llaman con sus voces incomprensibles; el viento empieza entre los álamos sus himnos de amor; ven..., ven...

La noche empezaba a extender sus sombras; la luna rielaba en la superficie del lago; la niebla se arremolinaba al soplo del aire, y los ojos verdes brillaban en la oscuridad como los fuegos fatuos que corren sobre el haz de las aguas infectas... Ven..., ven... Estas palabras zumbaban en los oídos de Fernando como un conjuro. Ven... Y la mujer misteriosa le llamaba al borde del abismo, donde estaba suspendida, y parecía ofrecerle un beso..., un beso...

Fernando dio un paso hacia ella...; otro..., y sintió unos brazos delgados y flexibles que se liaban a su cuello, y una sensación fría en sus labios ardorosos, un beso de nieve..., y vaciló..., y perdió pie, y calló al agua con un rumor sordo y lúgubre.

Las aguas saltaron en chispas de luz y se cerraron sobre su cuerpo, y sus círculos de plata fueron ensanchándose, ensanchándose hasta expirar en las orillas.

El collar, Guy de Maupassant

Era una de esas hermosas y encantadoras criaturas nacidas como por un error del destino en una familia de empleados. Carecía de dote, y no tenía esperanzas de cambiar de posición; no disponía de ningún medio para ser conocida, comprendida, querida, para encontrar un esposo rico y distinguido; y aceptó entonces casarse con un modesto empleado del Ministerio de Instrucción Pública.

No pudiendo adornarse, fue sencilla, pero desgraciada, como una mujer obligada por la suerte a vivir en una esfera inferior a la que le corresponde; porque las mujeres no tienen casta ni raza, pues su belleza, su atractivo y su encanto les sirven de ejecutoria y de familia. Su nativa firmeza, su instinto de elegancia y su flexibilidad de espíritu son para ellas la única jerarquía, que iguala a las hijas del pueblo con las más grandes señoras.

Sufría constantemente, sintiéndose nacida para todas las delicadezas y todos los lujos. Sufría contemplando la pobreza de su hogar, la miseria de las paredes, sus estropeadas sillas, su fea indumentaria. Todas estas cosas, en las cuales ni siquiera habría reparado ninguna otra mujer de su casa, la torturaban y la llenaban de indignación.

La vista de la muchacha bretona que les servía de criada despertaba en ella pesares desolados y delirantes ensueños. Pensaba en las antecámaras mudas, guarnecidas de tapices orientales, alumbradas por altas lámparas de bronce y en los dos pulcros lacayos de calzón corto, dormidos en anchos sillones, amodorrados por el intenso calor de la estufa. Pensaba en los grandes salones colgados de sedas antiguas, en los finos muebles repletos de figurillas inestimables y en los saloncillos coquetones, perfumados, dispuestos para hablar cinco horas con los amigos más íntimos, los hombres famosos y agasajados, cuyas atenciones ambicionan todas las mujeres.

Cuando, a las horas de comer, se sentaba delante de una mesa redonda, cubierta por un mantel de tres días, frente a su esposo, que destapaba la sopera, diciendo con aire de satisfacción: "¡Ah! ¡Qué buen caldo! ¡No hay nada para mí tan excelente como esto!", pensaba en las comidas delicadas, en los servicios de plata resplandecientes, en los tapices que cubren las paredes con personajes antiguos y aves extrañas dentro de un bosque fantástico; pensaba en los exquisitos y selectos manjares, ofrecidos en fuentes maravillosas; en las galanterías murmuradas y escuchadas con sonrisa de esfinge, al tiempo que se paladea la sonrosada carne de una trucha o un alón de faisán.

No poseía galas femeninas, ni una joya; nada absolutamente y sólo aquello de que carecía le gustaba; no se sentía formada sino para aquellos goces imposibles. ¡Cuánto habría dado por agradar, ser envidiada, ser atractiva y asediada!

Tenía una amiga rica, una compañera de colegio a la cual no quería ir a ver con frecuencia, porque sufría más al regresar a su casa. Días y días pasaba después llorando de pena, de pesar, de desesperación.



Una mañana el marido volvió a su casa con expresión triunfante y agitando en la mano un ancho sobre.

—Mira, mujer —dijo—, aquí tienes una cosa para ti.

Ella rompió vivamente la envoltura y sacó un pliego impreso que decía:

"El ministro de Instrucción Pública y señora ruegan al señor y la señora de Loisel les hagan el honor de pasar la velada del lunes 18 de enero en el hotel del Ministerio."

En lugar de enloquecer de alegría, como pensaba su esposo, tiró la invitación sobre la mesa, murmurando con desprecio:

—¿Qué haré yo con eso?

—Creí, mujercita mía, que con ello te procuraba una gran satisfacción. ¡Sales tan poco, y es tan oportuna la ocasión que hoy se te presenta!... Te advierto que me ha costado bastante trabajo obtener esa invitación. Todos las buscan, las persiguen; son muy solicitadas y se reparten pocas entre los empleados. Verás allí a todo el mundo oficial.

Clavando en su esposo una mirada llena de angustia, le dijo con impaciencia:

—¿Qué quieres que me ponga para ir allá?

No se había preocupado él de semejante cosa, y balbució:

—Pues el traje que llevas cuando vamos al teatro. Me parece muy bonito...

Se calló, estupefacto, atontado, viendo que su mujer lloraba. Dos gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos, lentamente, para rodar por sus mejillas.

El hombre murmuró:

—¿Qué te sucede? Pero, ¿qué te sucede?

Mas ella, valientemente, haciendo un esfuerzo, había vencido su pena y respondió con tranquila voz, enjugando sus húmedas mejillas:

—Nada; que no tengo vestido para ir a esa fiesta. Da la invitación a cualquier colega cuya mujer se encuentre mejor provista de ropa que yo.

Él estaba desolado, y dijo:

—Vamos a ver, Matilde. ¿Cuánto te costaría un traje decente, que pudiera servirte en otras ocasiones, un traje sencillito?

Ella meditó unos segundos, haciendo sus cuentas y pensando asimismo en la suma que podía pedir sin provocar una negativa rotunda y una exclamación de asombro del empleadillo.

Respondió, al fin, titubeando:

—No lo sé con seguridad, pero creo que con cuatrocientos francos me arreglaría.

El marido palideció, pues reservaba precisamente esta cantidad para comprar una escopeta, pensando ir de caza en verano, a la llanura de Nanterre, con algunos amigos que salían a tirar a las alondras los domingos.

Dijo, no obstante:

—Bien. Te doy los cuatrocientos francos. Pero trata de que tu vestido luzca lo más posible, ya que hacemos el sacrificio.

El día de la fiesta se acercaba y la señora de Loisel parecía triste, inquieta, ansiosa. Sin embargo, el vestido estuvo hecho a tiempo. Su esposo le dijo una noche:

—¿Qué te pasa? Te veo inquieta y pensativa desde hace tres días.

Y ella respondió:

—Me disgusta no tener ni una alhaja, ni una sola joya que ponerme. Pareceré, de todos modos, una miserable. Casi, casi me gustaría más no ir a ese baile.

—Ponte unas cuantas flores naturales —replicó él—. Eso es muy elegante, sobre todo en este tiempo, y por diez francos encontrarás dos o tres rosas magníficas.

Ella no quería convencerse.

—No hay nada tan humillante como parecer una pobre en medio de mujeres ricas.

Pero su marido exclamó:

—¡Qué tonta eres! Anda a ver a tu compañera de colegio, la señora de Forestier, y ruégale que te preste unas alhajas. Eres bastante amiga suya para tomarte esa libertad.

La mujer dejó escapar un grito de alegría.

—Tienes razón, no había pensado en ello.

Al siguiente día fue a casa de su amiga y le contó su apuro.

La señora de Forestier fue a un armario de espejo, cogió un cofrecillo, lo sacó, lo abrió y dijo a la señora de Loisel:

—Escoge, querida.

Primero vio brazaletes; luego, un collar de perlas; luego, una cruz veneciana de oro, y pedrería primorosamente construida. Se probaba aquellas joyas ante el espejo, vacilando, no pudiendo decidirse a abandonarlas, a devolverlas. Preguntaba sin cesar:

—¿No tienes ninguna otra?

—Sí, mujer. Dime qué quieres. No sé lo que a ti te agradaría.

De repente descubrió, en una caja de raso negro, un soberbio collar de brillantes, y su corazón empezó a latir de un modo inmoderado.

Sus manos temblaron al tomarlo. Se lo puso, rodeando con él su cuello, y permaneció en éxtasis contemplando su imagen.

Luego preguntó, vacilante, llena de angustia:

—¿Quieres prestármelo? No quisiera llevar otra joya.

—Sí, mujer.

Abrazó y besó a su amiga con entusiasmo, y luego escapó con su tesoro.

Llegó el día de la fiesta. La señora de Loisel tuvo un verdadero triunfo. Era más bonita que las otras y estaba elegante, graciosa, sonriente y loca de alegría. Todos los hombres la miraban, preguntaban su nombre, trataban de serle presentados. Todos los directores generales querían bailar con ella. El ministro reparó en su hermosura.

Ella bailaba con embriaguez, con pasión, inundada de alegría, no pensando ya en nada más que en el triunfo de su belleza, en la gloria de aquel triunfo, en una especie de dicha formada por todos los homenajes que recibía, por todas las admiraciones, por todos los deseos despertados, por una victoria tan completa y tan dulce para un alma de mujer.

Se fue hacia las cuatro de la madrugada. Su marido, desde medianoche, dormía en un saloncito vacío, junto con otros tres caballeros cuyas mujeres se divertían mucho.

Él le echó sobre los hombros el abrigo que había llevado para la salida, modesto abrigo de su vestir ordinario, cuya pobreza contrastaba extrañamente con la elegancia del traje de baile. Ella lo sintió y quiso huir, para no ser vista por las otras mujeres que se envolvían en ricas pieles.

Loisel la retuvo diciendo:

—Espera, mujer, vas a resfriarte a la salida. Iré a buscar un coche.

Pero ella no le oía, y bajó rápidamente la escalera.

Cuando estuvieron en la calle no encontraron coche, y se pusieron a buscar, dando voces a los cocheros que veían pasar a lo lejos.

Anduvieron hacia el Sena desesperados, tiritando. Por fin pudieron hallar una de esas vetustas berlinas que sólo aparecen en las calles de París cuando la noche cierra, cual si les avergonzase su miseria durante el día.

Los llevó hasta la puerta de su casa, situada en la calle de los Mártires, y entraron tristemente en el portal. Pensaba, el hombre, apesadumbrado, en que a las diez había de ir a la oficina.

La mujer se quitó el abrigo que llevaba echado sobre los hombros, delante del espejo, a fin de contemplarse aún una vez más ricamente alhajada. Pero de repente dejó escapar un grito.

Su esposo, ya medio desnudo, le preguntó:

—¿Qué tienes?

Ella se volvió hacia él, acongojada.

—Tengo..., tengo... —balbució—que no encuentro el collar de la señora de Forestier.

Él se irguió, sobrecogido:

—¿Eh?... ¿cómo? ¡No es posible!

Y buscaron entre los adornos del traje, en los pliegues del abrigo, en los bolsillos, en todas partes. No lo encontraron.

Él preguntaba:

—¿Estás segura de que lo llevabas al salir del baile?

—Sí, lo toqué al cruzar el vestíbulo del Ministerio.

—Pero si lo hubieras perdido en la calle, lo habríamos oído caer.

—Debe estar en el coche.

—Sí. Es probable. ¿Te fijaste qué número tenía?

—No. Y tú, ¿no lo miraste?

—No.

Se contemplaron aterrados. Loisel se vistió por fin.

—Voy —dijo— a recorrer a pie todo el camino que hemos hecho, a ver si por casualidad lo encuentro.

Y salió. Ella permaneció en traje de baile, sin fuerzas para irse a la cama, desplomada en una silla, sin lumbre, casi helada, sin ideas, casi estúpida.

Su marido volvió hacia las siete. No había encontrado nada.

Fue a la Prefectura de Policía, a las redacciones de los periódicos, para publicar un anuncio ofreciendo una gratificación por el hallazgo; fue a las oficinas de las empresas de coches, a todas partes donde podía ofrecérsele alguna esperanza.

Ella le aguardó todo el día, con el mismo abatimiento desesperado ante aquel horrible desastre.

Loisel regresó por la noche con el rostro demacrado, pálido; no había podido averiguar nada.

—Es menester —dijo— que escribas a tu amiga enterándola de que has roto el broche de su collar y que lo has dado a componer. Así ganaremos tiempo.

Ella escribió lo que su marido le decía.

Al cabo de una semana perdieron hasta la última esperanza.

Y Loisel, envejecido por aquel desastre, como si de pronto le hubieran echado encima cinco años, manifestó:

—Es necesario hacer lo posible por reemplazar esa alhaja por otra semejante.

Al día siguiente llevaron el estuche del collar a casa del joyero cuyo nombre se leía en su interior.

El comerciante, después de consultar sus libros, respondió:



—Señora, no salió de mi casa collar alguno en este estuche, que vendí vacío para complacer a un cliente.

Anduvieron de joyería en joyería, buscando una alhaja semejante a la perdida, recordándola, describiéndola, tristes y angustiados.

Encontraron, en una tienda del Palais Royal, un collar de brillantes que les pareció idéntico al que buscaban. Valía cuarenta mil francos, y regateándolo consiguieron que se lo dejaran en treinta y seis mil.

Rogaron al joyero que se los reservase por tres días, poniendo por condición que les daría por él treinta y cuatro mil francos si se lo devolvían, porque el otro se encontrara antes de fines de febrero.

Loisel poseía dieciocho mil que le había dejado su padre. Pediría prestado el resto.

Y, efectivamente, tomó mil francos de uno, quinientos de otro, cinco luises aquí, tres allá. Hizo pagarés, adquirió compromisos ruinosos, tuvo tratos con usureros, con toda clase de prestamistas. Se comprometió para toda la vida, firmó sin saber lo que firmaba, sin detenerse a pensar, y, espantado por las angustias del porvenir, por la horrible miseria que los aguardaba, por la perspectiva de todas las privaciones físicas y de todas las torturas morales, fue en busca del collar nuevo, dejando sobre el mostrador del comerciante treinta y seis mil francos.

Cuando la señora de Loisel devolvió la joya a su amiga, ésta le dijo un tanto displicente:

—Debiste devolvérmelo antes, porque bien pude yo haberlo necesitado.

No abrió siquiera el estuche, y eso lo juzgó la otra una suerte. Si notara la sustitución, ¿qué supondría? ¿No era posible que imaginara que lo habían cambiado de intento?

La señora de Loisel conoció la vida horrible de los menesterosos. Tuvo energía para adoptar una resolución inmediata y heroica. Era necesario devolver aquel dinero que debían... Despidieron a la criada, buscaron una habitación más económica, una buhardilla.

Conoció los duros trabajos de la casa, las odiosas tareas de la cocina. Fregó los platos, desgastando sus uñitas sonrosadas sobre los pucheros grasientos y en el fondo de las cacerolas. Enjabonó la ropa sucia, las camisas y los paños, que ponía a secar en una cuerda; bajó a la calle todas las mañanas la basura y subió el agua, deteniéndose en todos los pisos para tomar aliento. Y, vestida como una pobre mujer de humilde condición, fue a casa del verdulero, del tendero de comestibles y del carnicero, con la cesta al brazo, regateando, teniendo que sufrir desprecios y hasta insultos, porque defendía céntimo a céntimo su dinero escasísimo.

Era necesario mensualmente recoger unos pagarés, renovar otros, ganar tiempo.

El marido se ocupaba por las noches en poner en limpio las cuentas de un comerciante, y a veces escribía a veinticinco céntimos la hoja.

Y vivieron así diez años.

Al cabo de dicho tiempo lo habían ya pagado todo, todo, capital e intereses, multiplicados por las renovaciones usurarias.

La señora Loisel parecía entonces una vieja. Se había transformado en la mujer fuerte, dura y ruda de las familias pobres. Mal peinada, con las faldas torcidas y rojas las manos, hablaba en voz alta, fregaba los suelos con agua fría. Pero a veces, cuando su marido estaba en el Ministerio, se sentaba junto a la ventana, pensando en aquella fiesta de otro tiempo, en aquel baile donde lució tanto y donde fue tan festejada.

¿Cuál sería su fortuna, su estado al presente, si no hubiera perdido el collar? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe! ¡Qué mudanzas tan singulares ofrece la vida! ¡Qué poco hace falta para perderse o para salvarse!

Un domingo, habiendo ido a dar un paseo por los Campos Elíseos para descansar de las fatigas de la semana, reparó de pronto en una señora que pasaba con un niño cogido de la mano.

Era su antigua compañera de colegio, siempre joven, hermosa siempre y siempre seductora. La de Loisel sintió un escalofrío. ¿Se decidiría a detenerla y saludarla? ¿Por qué no? Habiéndolo pagado ya todo, podía confesar, casi con orgullo, su desdicha.

Se puso frente a ella y dijo:

—Buenos días, Juana.

La otra no la reconoció, admirándose de verse tan familiarmente tratada por aquella infeliz. Balbució:

—Pero..., ¡señora!..., no sé. .. Usted debe de confundirse...

—No. Soy Matilde Loisel.

Su amiga lanzó un grito de sorpresa.

—¡Oh! ¡Mi pobre Matilde, qué cambiada estás! ...

—¡Sí; muy malos días he pasado desde que no te veo, y además bastantes miserias.... todo por ti...

—¿Por mí? ¿Cómo es eso?

—¿Recuerdas aquel collar de brillantes que me prestaste para ir al baile del Ministerio?

—¡Sí, pero...!

—Pues bien: lo perdí...

—¡Cómo! ¡Si me lo devolviste!

—Te devolví otro semejante. Y hemos tenido que sacrificarnos diez años para pagarlo. Comprenderás que representaba una fortuna para nosotros, que sólo teníamos el sueldo. En fin, a lo hecho pecho, y estoy muy satisfecha.

La señora de Forestier se había detenido.

—¿Dices que compraste un collar de brillantes para sustituir al mío?

—Sí. No lo habrás notado, ¿eh? Casi eran idénticos.

Y al decir esto, sonreía orgullosa de su noble sencillez. La señora de Forestier, sumamente impresionada, le cogió ambas manos:

—¡Oh! ¡Mi pobre Matilde! ¡Pero si el collar que yo te presté era de piedras falsas!... ¡Valía quinientos francos a lo sumo!...

Vanka, Anton Chéjov

Vanka Chukov, un muchacho de nueve años, a quien habían colocado hacía tres meses en casa del zapatero Alojín para que aprendiese el oficio, no se acostó la noche de Navidad.

Cuando los amos y los oficiales se fueron, cerca de las doce, a la iglesia para asistir a la misa del Gallo, cogió del armario un frasco de tinta y un portaplumas con una pluma enrobinada, y, colocando ante él una hoja muy arrugada de papel, se dispuso a escribir.

Antes de empezar dirigió a la puerta una mirada en la que se pintaba el temor de ser sorprendido, miró el icono oscuro del rincón y exhaló un largo suspiro.

El papel se hallaba sobre un banco, ante el cual estaba él de rodillas.

«Querido abuelo Constantino Makarich -escribió-: Soy yo quien te escribe. Te felicito con motivo de las Navidades y le pido a Dios que te colme de venturas. No tengo papá ni mamá; sólo te tengo a ti...»

Vanka miró a la oscura ventana, en cuyos cristales se reflejaba la bujía, y se imaginó a su abuelo Constantino Makarich, empleado a la sazón como guardia nocturno en casa de los señores Chivarev. Era un viejecito enjuto y vivo, siempre risueño y con ojos de bebedor. Tenía sesenta y cinco años. Durante el día dormía en la cocina o bromeaba con los cocineros, y por la noche se paseaba, envuelto en una amplia pelliza, en torno de la finca, y golpeaba de vez en cuando con un bastoncillo una pequeña plancha cuadrada, para dar fe de que no dormía y atemorizar a los ladrones. Lo acompañaban dos perros: Canelo y Serpiente. Este último se merecía su nombre: era largo de cuerpo y muy astuto, y siempre parecía ocultar malas intenciones; aunque miraba a todo el mundo con ojos acariciadores, no le inspiraba a nadie confianza. Se adivinaba, bajo aquella máscara de cariño, una perfidia jesuítica.

Le gustaba acercarse a la gente con suavidad, sin ser notado, y morderla en las pantorrillas. Con frecuencia robaba pollos de casa de los campesinos. Le pegaban grandes palizas; dos veces había estado a punto de morir ahorcado; pero siempre salía con vida de los más apurados trances y resucitaba cuando lo tenían ya por muerto.

En aquel momento, el abuelo de Vanka estaría, de fijo, a la puerta, y mirando las ventanas iluminadas de la iglesia, embromaría a los cocineros y a las criadas, frotándose las manos para calentarse. Riendo con risita senil les daría vaya a las mujeres.

—¿Quiere usted un poquito? —les preguntaría, acercándoles la tabaquera a la nariz.

Las mujeres estornudarían. El viejo, regocijadísimo, prorrumpiría en carcajadas y se apretaría con ambas manos los ijares.

Luego les ofrecería un polvito a los perros. El Canelo estornudaría, sacudiría la cabeza, y, con el gesto huraño de un señor ofendido en su dignidad, se marcharía. El Serpiente, hipócrita, ocultando siempre sus verdaderos sentimientos, no estornudaría y menearía el rabo.

El tiempo sería soberbio. Habría una gran calma en la atmósfera, límpida y fresca. A pesar de la oscuridad de la noche, se vería toda la aldea con sus tejados blancos, el humo de las chimeneas, los árboles plateados por la escarcha, los montones de nieve. En el cielo, miles de estrellas parecerían hacerle alegres guiños a la Tierra. La Vía Láctea se distinguiría muy bien, como si, con motivo de la fiesta, la hubieran lavado y frotado con nieve...

Vanka, imaginándose todo esto, suspiraba.

Tomó de nuevo la pluma y continuó escribiendo:

«Ayer me pegaron. El maestro me cogió por los pelos y me dio unos cuantos correazos por haberme dormido arrullando a su nene. El otro día la maestra me mandó destripar una sardina, y yo, en vez de empezar por la cabeza, empecé por la cola; entonces la maestra cogió la sardina y me dio en la cara con ella. Los otros aprendices, como son mayores que yo, me mortifican, me mandan por vodka a la taberna y me hacen robarle pepinos a la maestra, que, cuando se entera, me sacude el polvo. Casi siempre tengo hambre. Por la mañana me dan un mendrugo de pan; para comer, unas gachas de alforfón; para cenar, otro mendrugo de pan. Nunca me dan otra cosa, ni siquiera una taza de té. Duermo en el portal y paso mucho frío; además, tengo que arrullar al nene, que no me deja dormir con sus gritos... Abuelito: sé bueno, sácame de aquí, que no puedo soportar esta vida. Te

saludo con mucho respeto y te prometo pedirle siempre a Dios por ti. Si no me sacas de aquí me moriré.»

Vanka hizo un puchero, se frotó los ojos con el puño y no pudo reprimir un sollozo.

«Te seré todo lo útil que pueda -continuó momentos después-. Rogaré por ti, y si no estás contento conmigo puedes pegarme todo lo que quieras. Buscaré trabajo, guardaré el rebaño. Abuelito: te ruego que me saques de aquí si no quieres que me muera. Yo escaparía y me iría a la aldea contigo; pero no tengo botas, y hace demasiado frío para ir descalzo. Cuando sea mayor te mantendré con mi trabajo y no permitiré que nadie te ofenda. Y cuando te mueras, le rogaré a Dios por el descanso de tu alma, como le ruego ahora por el alma de mi madre.

«Moscú es una ciudad muy grande. Hay muchos palacios, muchos caballos, pero ni una oveja.



También hay perros, pero no son como los de la aldea: no muerden y casi no ladran. He visto en una tienda una caña de pescar con un anzuelo tan hermoso que se podrían pescar con ella los peces más grandes. Se venden también en las tiendas escopetas de primer orden, como la de tu señor. Deben de costar muy caras, lo menos cien rublos cada una. En las carnicerías venden perdices, liebres, conejos, y no se sabe dónde los cazan.

«Abuelito: cuando enciendan en casa de los señores el árbol de Navidad, coge para mí una nuez dorada y escóndela bien. Luego, cuando yo vaya, me la darás. Pídesela a la señorita Olga Ignatievna; dile que es para Vanka. Verás cómo te la da.»

Vanka suspira otra vez y se queda mirando a la ventana. Recuerda que todos los años, en vísperas de la fiesta, cuando había que buscar un árbol de Navidad para los señores, iba él al bosque con su abuelo. ¡Dios mío, qué encanto! El frío le ponía rojas las mejillas; pero a él no le importaba. El abuelo, antes de derribar el árbol escogido, encendía la pipa y decía algunas chirigotas acerca de la nariz helada de Vanka. Jóvenes abetos, cubiertos de escarcha, parecían, en su inmovilidad, esperar el hachazo que sobre uno de ellos debía descargar la mano del abuelo. De pronto, saltando por encima de los montones de nieve, aparecía una liebre en precipitada carrera. El abuelo, al verla, daba muestras de gran agitación y, agachándose, gritaba:

—¡Cógela, cógela! ¡Ah, diablo!

Luego el abuelo derribaba un abeto, y entre los dos lo trasladaban a la casa señorial. Allí, el árbol era preparado para la fiesta. La señorita Olga Ignatievna ponía mayor entusiasmo que nadie en este trabajo. Vanka la quería mucho. Cuando aún vivía su madre y servía en casa de los señores, Olga Ignatievna le daba bombones y le enseñaba a leer, a escribir, a contar de uno a ciento y hasta a

bailar. Pero, muerta su madre, el huérfano Vanka pasó a formar parte de la servidumbre culinaria, con su abuelo, y luego fue enviado a Moscú, a casa del zapatero Alajin, para que aprendiese el oficio...

«¡Ven, abuelito, ven! -continuó escribiendo, tras una corta reflexión, el muchacho-. En nombre de Nuestro Señor te suplico que me saques de aquí. Ten piedad del pobrecito huérfano. Todo el mundo me pega, se burla de mí, me insulta. Y, además, siempre tengo hambre. Y, además, me aburro atrozmente y no hago más que llorar. Anteayer, el ama me dio un pescozón tan fuerte que me caí y estuve un rato sin poder levantarme. Esto no es vivir; los perros viven mejor que yo... Recuerdos a la cocinera Alena, al cochero Egorka y a todos nuestros amigos de la aldea. Mi acordeón guárdalo bien y no se lo dejes a nadie. Sin más, sabes que te quiere tu nieto

VANKA CHUKOV

Ven en seguida, abuelito.»

Vanka plegó en cuatro dobleces la hoja de papel y la metió en un sobre que había comprado el día anterior. Luego, meditó un poco y escribió en el sobre la siguiente dirección:

«En la aldea, a mi abuelo.»

Tras una nueva meditación, añadió:

«Constantino Makarich.»

Congratulándose de haber escrito la carta sin que nadie lo estorbase, se puso la gorra, y, sin otro abrigo, corrió a la calle.

El dependiente de la carnicería, a quien aquella tarde le había preguntado, le había dicho que las cartas debían echarse a los buzones, de donde las recogían para llevarlas en troika a través del mundo entero.

Vanka echó su preciosa epístola en el buzón más próximo...

Una hora después dormía, mecido por dulces esperanzas.

Vio en sueños la cálida estufa aldeana. Sentado en ella, su abuelo les leía a las cocineras la carta de Vanka. El perro Serpiente se paseaba en torno de la estufa y meneaba el rabo...

La tortuga gigante, Horacio Quiroga

Había una vez un hombre que vivía en Buenos Aires y estaba muy contento porque era un hombre sano y trabajador. Pero un día se enfermó, y los médicos le dijeron que solamente yéndose al campo podría curarse. Él no quería ir porque tenía hermanos chicos a quienes daba de comer; y se enfermaba cada día más. Hasta que un amigo suyo, que era director del Zoológico, le dijo un día:

—Usted es amigo mío, y es un hombre bueno y trabajador. Por eso quiero que se vaya a vivir al monte, a hacer mucho ejercicio al aire libre para curarse. Y como usted tiene mucha puntería con la escopeta, cace bichos del monte para traerme los cueros, y yo le daré plata adelantada para que sus hermanitos puedan comer bien.

El hombre enfermo aceptó, y se fue a vivir al monte, lejos, más lejos que Misiones todavía. Hacía allá mucho calor, y eso le hacía bien.

Vivía solo en el bosque, y él mismo se cocinaba. Comía pájaros y bichos del monte, que cazaba con la escopeta, y después comía frutas. Dormía bajo los árboles, y cuando hacía mal tiempo construía en cinco minutos una ramada con hojas de palmera, y allí pasaba sentado y fumando, muy contento en medio del bosque que bramaba con el viento y la lluvia.

Había hecho un atado con los cueros de los animales, y los llevaba al hombro. Había también agarrado, vivas, muchas víboras venenosas, y las llevaba dentro de un gran mate, porque allá hay mates tan grandes como una lata de querosene.

El hombre tenía otra vez buen color, estaba fuerte y tenía apetito. Precisamente un día en que tenía mucha hambre, porque hacía dos días que no cazaba nada, vio a la orilla de una gran laguna un tigre enorme que quería comer una tortuga, y la ponía parada de canto para meter dentro una pata y sacar la carne con las uñas. Al ver al hombre el tigre lanzó un rugido espantoso y se lanzó de un salto sobre él. Pero el cazador que tenía una gran puntería le apuntó entre los dos ojos, y le rompió la cabeza. Después le sacó el cuero, tan grande que él solo podría servir de alfombra para un cuarto.

—Ahora —se dijo el hombre— voy a comer tortuga, que es una carne muy rica.

Pero cuando se acercó a la tortuga, vio que estaba ya herida, y tenía la cabeza casi separada del cuello, y la cabeza colgaba casi de dos o tres hilos de carne.

A pesar del hambre que sentía, el hombre tuvo lástima de la pobre tortuga, y la llevó arrastrando con una soga hasta su ramada y le vendó la cabeza con tiras de género que sacó de su camisa, porque no tenía más que una sola camisa, y no tenía trapos. La había llevado arrastrando porque la tortuga era inmensa, tan alta como una silla, y pesaba como un hombre.

La tortuga quedó arrimada a un rincón, y allí pasó días y días sin moverse.

El hombre la curaba todos los días, y después le daba golpecitos con la mano sobre el lomo.

La tortuga sanó por fin. Pero entonces fue el hombre quien se enfermó. Tuvo fiebre y le dolía todo el cuerpo.

Después no pudo levantarse más. La fiebre aumentaba siempre, y la garganta le quemaba de tanta sed. El hombre comprendió que estaba gravemente enfermo, y habló en voz alta, aunque estaba solo, porque tenía mucha fiebre.

—Voy a morir —dijo el hombre—. Estoy solo, ya no puedo levantarme más, y no tengo quién me dé agua, siquiera. Voy a morir aquí de hambre y de sed.

Y al poco rato la fiebre subió más aún, y perdió el conocimiento.

Pero la tortuga lo había oído y entendió lo que el cazador decía. Y ella pensó entonces:

—El hombre no me comió la otra vez, aunque tenía mucha hambre, y me curó. Yo lo voy a curar a él ahora.

Fue entonces a la laguna, buscó una cáscara de tortuga chiquita, y después de limpiarla bien con arena y ceniza la llenó de agua y le dio de beber al hombre, que estaba tendido sobre su manta y se moría de sed. Se puso a buscar en seguida raíces ricas y yuyitos tiernos, que le llevó al hombre para que comiera. El hombre comía sin darse cuenta de quién le daba la comida, porque tenía delirio con la fiebre y no conocía a nadie.

Todas las mañanas, la tortuga recorría el monte buscando raíces cada vez más ricas para darle al hombre y sentía no poder subirse a los árboles para llevarle frutas.

El cazador comió así días y días sin saber quién le daba la comida, y un día recobró el conocimiento. Miró a todos lados, y vio que estaba solo pues allí no había más que él y la tortuga, que era un animal. Y dijo otra vez en voz alta:

—Estoy solo en el bosque, la fiebre va a volver de nuevo, y voy a morir aquí, porque solamente en Buenos Aires hay remedios para curarme. Pero nunca podré ir, y voy a morir aquí.

Y como él lo había dicho, la fiebre volvió esa tarde, más fuerte que antes, y perdió de nuevo el conocimiento.

Pero también esta vez la tortuga lo había oído, y se dijo:

—Si queda aquí en el monte se va a morir, porque no hay remedios; tengo que llevarlo a Buenos Aires.

Dicho esto, cortó enredaderas finas y fuertes, que son como piolas, acostó con mucho cuidado al hombre encima de su lomo, y lo sujetó bien con las enredaderas para que no se cayese. Hizo muchas pruebas para acomodar bien la escopeta, los cueros y el mate con víboras, y al fin consiguió lo que quería, sin molestar al cazador, y emprendió entonces el viaje.

La tortuga, cargada así, caminó, caminó y caminó de día y de noche. Atravesó montes, campos, cruzó a nado ríos de una legua de ancho, y atravesó pantanos en que quedaba casi enterrada, siempre con el hombre moribundo encima. Después de ocho o diez horas de caminar se detenía y deshacía los nudos y acostaba al hombre con mucho cuidado en un lugar donde hubiera pasto bien seco.

Iba entonces a buscar agua y raíces tiernas, y le daba al hombre enfermo. Ella comía también, aunque estaba tan cansada que prefería dormir.

A veces tenía que caminar al sol, y como era verano, el cazador tenía tanta fiebre que deliraba y se moría de sed. Gritaba: ¡agua!, ¡agua! a cada rato. Y cada vez la tortuga tenía que darle de beber.

Así anduvo días y días, semana tras semana. Cada vez estaban más cerca de Buenos Aires, pero también cada día la tortuga se iba debilitando, cada día tenía menos fuerza, aunque ella no se quejaba. A veces quedaba tendida, completamente sin fuerzas, y el hombre recobraba a medias el conocimiento. Y decía, en voz alta:

—Voy a morir, estoy cada vez más enfermo, y sólo en Buenos Aires me podría curar. Pero voy a morir aquí, solo en el monte.

Él creía que estaba siempre en la ramada, porque no se daba cuenta de nada. La tortuga se levantaba entonces, y emprendía de nuevo el camino.

Pero llegó un día, un atardecer, en que la pobre tortuga no pudo más. Había llegado al límite de sus fuerzas, y no podía más. No había comido desde hacía una semana para llegar más pronto. No tenía más fuerza para nada.

Cuando cayó del todo la noche, vio una luz lejana en el horizonte, un resplandor que iluminaba todo el cielo, y no supo qué era. Se sentía cada vez más débil, y cerró entonces los ojos para morir junto con el cazador, pensando con tristeza que no había podido salvar al hombre que había sido bueno con ella.

Y, sin embargo, estaba ya en Buenos Aires, y ella no lo sabía. Aquella luz que veía en el cielo era el resplandor de la ciudad, e iba a morir cuando estaba ya al fin de su heroico viaje.

Pero un ratón de la ciudad —posiblemente el ratoncito Pérez— encontró a los dos viajeros moribundos.

—¡Qué tortuga! —dijo el ratón—. Nunca he visto una tortuga tan grande. ¿Y eso que llevas en el lomo, que es? ¿Es leña?

—No —le respondió con tristeza la tortuga—. Es un hombre.

—¿Y dónde vas con ese hombre? —añadió el curioso ratón.

—Voy... voy... Quería ir a Buenos Aires —respondió la pobre tortuga en una voz tan baja que apenas se oía—. Pero vamos a morir aquí porque nunca llegaré...

—¡Ah, zonza, zonza! —dijo riendo el ratoncito—. ¡Nunca vi una tortuga más zonza! ¡Si ya has llegado a Buenos Aires! Esa luz que ves allá es Buenos Aires.



Al oír esto, la tortuga se sintió con una fuerza inmensa porque aún tenía tiempo de salvar al cazador, y emprendió la marcha.

Y cuando era de madrugada todavía, el director del Jardín Zoológico vio llegar a una tortuga embarrada y sumamente flaca, que traía acostado en su lomo y atado con enredaderas, para que no se cayera, a un hombre que se estaba muriendo. El director reconoció a su amigo, y él mismo fue corriendo a buscar remedios, con los que el cazador se curó enseguida.

Cuando el cazador supo cómo lo había salvado la tortuga, cómo había hecho un viaje de trescientas leguas para que tomara remedios, no quiso separarse más de ella. Y como él no podía tenerla en su casa, que era muy chica, el director del Zoológico se comprometió a tenerla en el Jardín, y a cuidarla como si fuera su propia hija.

Y así pasó. La tortuga, feliz y contenta con el cariño que le tienen, pasea por todo el Jardín, y es la misma gran tortuga que vemos todos los días comiendo el pastito alrededor de las jaulas de los monos.

El cazador la va a ver todas las tardes y ella conoce desde lejos a su amigo, por los pasos. Pasan un par de horas juntos, y ella no quiere nunca que él se vaya sin que le dé una palmadita de cariño en el lomo.

El hombre del sur, Roald Dahl

Eran cerca de las seis. Fui al bar a pedir una cerveza y me tendí en una hamaca a tomar un poco el sol de la tarde.

Cuando me trajeron la cerveza, me dirigí a la piscina pasando por el jardín.

Era muy bonito, lleno de césped, flores y grandes palmeras repletas de cocos. El viento soplaba fuerte en la copa de las palmeras, y las palmas, al moverse, hacían un ruido parecido al fuego. Grandes racimos de cocos colgaban de las ramas.

Había muchas hamacas alrededor de la piscina, así como mesitas y toldos multicolores; hombres y mujeres bronceados por el sol estaban sentados aquí y allá en traje de baño. Dentro de la piscina multitud de chicos y chicas chapoteaban, gritando y jugando al waterpolo, un poco en serio y un poco en broma.

Me quedé mirándolos. Las chicas eran unas inglesas del hotel en que me hospedaba. A los chicos no los conocía, pero parecían americanos, seguramente cadetes navales llegados en un barco militar que había anclado en el puerto aquella mañana.

Llegué hasta allí y me metí bajo un toldo amarillo donde había cuatro asientos vacíos, me serví la cerveza y me arrellané cómodamente con un cigarrillo entre los dedos.

Los marinos americanos congeniaban bien con las inglesas. Buceaban juntos bajo el agua y las hacían subir a la superficie tomándolas por las piernas.

En aquel momento distinguí a un hombrecito de edad, que caminaba rápidamente por el mismo borde de la piscina. Llevaba un traje blanco, imaculado, y caminaba muy aprisa, dando un saltito a cada paso. Llevaba en la cabeza un gran sombrero de paja e iba a lo largo de la piscina mirando a la gente y a las hamacas.

Se paró frente a mí y me sonrió, enseñándome dos hileras de dientes pequeños y desiguales, ligeramente deslustrados.

Yo también le sonreí.

—Perdón. ¿Me puedo sentar aquí?

—Claro —dije yo—, tome asiento.

Dio la vuelta a la silla y la inspeccionó para su seguridad. Luego se sentó y cruzó las piernas. Llevaba sandalias de cuero, abiertas, para evitar el calor.

—Una tarde magnífica —dijo—; las tardes son maravillosas aquí, en Jamaica.

No estaba yo seguro de si su acento era italiano o español, pero lo que sí sabía de cierto era que procedía de Sudamérica, y además se le veía viejo, sobre todo cuando se lo miraba de cerca. Tendría unos sesenta y ocho o setenta años.

—Sí —dije yo—, esto es estupendo.

—¿Y quiénes son éstos?, pregunto yo. No son del hotel, ¿verdad?

Señalaba a los bañistas de la piscina.

—Creo que son marinos americanos —le expliqué—, mejor dicho, cadetes.

—¡Claro que son americanos! ¿Quiénes si no iban a hacer tanto ruido? Usted no es americano, ¿verdad?

—No —dije yo—, no lo soy.

De repente uno de los cadetes americanos se detuvo frente a nosotros. Estaba completamente mojado porque acababa de salir de la piscina. Una de las inglesas le acompañaba.

—¿Están ocupadas estas sillas? —preguntó.

—No —contesté yo.

—¿Les importa que nos sentemos?

—No.

—Gracias —dijo.

Llevaba una toalla en la mano, y al sentarse sacó un paquete de cigarrillos y un encendedor. Le ofreció a la chica, pero ella rehusó; luego me ofreció a mí y acepté uno. El hombrecito, por su parte, dijo:

—Gracias, pero creo que tengo un cigarro puro.

Sacó una pitillera de piel de cocodrilo y cogió un purito. Luego sacó una especie de navaja provista de unas tijerillas y cortó la punta del cigarro puro.

—Yo le daré fuego —dijo el muchacho americano, tendiéndole el encendedor.

—No se encenderá con este viento.

—Claro que se encenderá. Siempre ha ido bien. El hombrecito sacó el cigarro de su boca y dobló la cabeza hacia un lado, mirando al muchacho con atención.

—¿Siempre? —dijo casi delectándose.

—¡Claro! Nunca falla, por lo menos a mí nunca me ha fallado.

El hombrecito continuó mirando al muchacho.

—Bien, bien, así que usted dice que este encendedor no falla nunca. ¿Me equivoco?

—Eso es —dijo el muchacho.

Tendría unos diecinueve o veinte años y su rostro, al igual que su nariz, era alargado. No estaba demasiado bronceado y su cara y su pecho estaban completamente llenos de pecas. Tenía el encendedor en la mano derecha, preparado para hacerlo funcionar.

—Nunca falla —dijo sonriendo porque ahora exageraba su anterior jactancia intencionadamente—, le prometo que nunca falla.

—Un momento, por favor.

La mano que sostenía el cigarro se levantó como si estuviera parando el tráfico. Tenía una voz suave y monótona; miraba al muchacho con insistencia.

—¿Qué le parece si hacemos una pequeña apuesta? —le dijo sonriendo—. ¿Apostamos sobre si enciende o no su mechero?

—Apuesto —dijo el chico—. ¿Por qué no?

—¿Le gusta apostar?

—Sí, siempre lo hago.

El hombre hizo una pausa y examinó su puro y debió confesar que a mí no me gustaba su manera de comportarse. Parecía querer sacar algo de todo aquello y avergonzar al muchacho. Al mismo tiempo, me pareció que se guardaba algún secreto para sí mismo.

Miró de nuevo al americano y dijo despacio:

—A mí también me gusta apostar. ¿Por qué no hacemos una buena apuesta sobre esto? Una buena apuesta —repitió recalcándolo.

—Oiga, espere un momento —dijo el cadete—. Le apuesto veinticinco centavos o un dólar, o lo que tenga en el bolsillo; algunos chelines, supongo.

El hombrecillo movió su mano de nuevo.

—Óigame, nos vamos a divertir: hacemos la apuesta. Luego subimos a mi habitación del hotel al abrigo del viento y le apuesto a que usted no puede encender su encendedor diez veces seguidas sin fallar.

—Le apuesto a que puedo —dijo el muchacho americano.

—De acuerdo, entonces..., ¿hacemos la apuesta?

—Bien, le apuesto cinco dólares.

—No, no, hay que hacer una buena apuesta. Yo soy un hombre rico y deportivo. Ahora, escúcheme. Fuera del hotel está mi coche. Es muy bonito. Es un coche americano, de su país, un Cadillac...

—¡Oiga, oiga, espere un momento! —el chico se recostó en la hamaca y sonrió—. No puedo consentir que apueste eso, es una locura.

—No es una locura. Usted enciende su mechero y el Cadillac es suyo. Le gustaría tener un Cadillac, ¿verdad?

—Claro que me gustaría tener un Cadillac —el cadete seguía sonriendo.

—De acuerdo, yo apuesto mi Cadillac.

—¿Y qué apuesto yo? —preguntó el americano.

El hombrecito quitó cuidadosamente la vitola del cigarro todavía sin encender.

—Yo no le pido, amigo mío, que apueste algo que esté fuera de sus posibilidades.
¿Comprende?

—Entonces, ¿qué puedo apostar?

—Se lo voy a poner fácil. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, póngamelo fácil.

—Tiene que ser algo de lo cual usted pueda desprenderse y que en caso de perderlo no sea motivo de mucha molestia. ¿Le parece bien?

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, el dedo meñique de su mano izquierda.

—¿Mi qué? —dejó de reír el muchacho.

—Sí. ¿Por qué no? Si gana se queda con mi coche. Si pierde, me quedo con su dedo.

—No le comprendo. ¿Qué quiere decir quedarse con mi dedo?

—Se lo corto.

—¡Rayos y truenos! ¡Eso es una locura! Apuesto un dólar. El hombrecito se reclinó en su asiento y se encogió de hombros.

—Bien, bien, bien —dijo—. No lo entiendo. Usted dice que su mechero se enciende, pero no quiere apostar. Entonces, ¿lo olvidamos?

El muchacho se quedó quieto mirando a los bañistas de la piscina. De repente se acordó de que tenía el cigarrillo entre sus dedos. Lo acercó a sus labios, puso las manos alrededor del encendedor y lo encendió. Al momento, apareció una pequeña llama amarillenta. El americano ahuecó las manos de tal forma que el viento no pudiera apagar la llama.

—¿Me lo deja un momento? —le dije.

—¡Oh, perdón! Me olvidé de que usted también tenía el cigarrillo sin encender.

Alargué la mano para coger el encendedor, pero se incorporó y se acercó para encendérmelo él mismo.

—Gracias —le dije. El volvió a su sitio.

—¿Se divierte? ¿Lo pasa bien? —le pregunté.

—Estupendo —me contestó—, esto es precioso.

Hubo un silencio. Me di cuenta de que el hombrecito había logrado perturbar al chico con su absurda proposición. Estaba sentado muy quieto, y era evidente que la tensión se iba apoderando de él. Empezó a moverse en su asiento, a rascarse el pecho, a acariciarse la nuca y finalmente puso las manos en las rodillas y empezó a tamborilear con los dedos. Pronto empezó a dar golpecitos con un pie, incómodo y nervioso.

—Bueno, veamos en qué consiste esta apuesta —dijo al fin—, usted dice que vamos a su cuarto y si mi mechero se enciende diez veces seguidas, gano un Cadillac. Si me falla una vez, entonces pierdo el dedo meñique de la mano izquierda. ¿Es eso?

—Exactamente, ésa es la apuesta.

—¿Qué hacemos si pierdo? ¿Deberé sostener mi dedo mientras usted lo corta?

—¡Oh, no! Eso no daría resultado. Podría ser que usted no quisiera darme su dedo. Lo que haríamos es atar una de sus manos a la mesa antes de empezar y yo me pondría a su lado con una navaja, dispuesto a cortar en el momento en que su encendedor fallase.

—¿De qué año es el Cadillac? —preguntó el chico.

—Perdón, no le entiendo.

—¿De qué año..., cuánto tiempo hace que tiene usted ese Cadillac?

—¡Oh! ¿Cuánto tiempo? Sí, es del año pasado, está completamente nuevo, pero veo que no es un jugador. Ningún americano lo es.

Hubo una pausa. El muchacho miró primero a la inglesa y luego a mí.

—Sí —dijo de pronto—. Apuesto.

—¡Magnífico! —el hombrecito juntó las manos por un momento—. ¡Estupendo! Ahora mismo. Y usted, señor —se volvió hacia mí—, será tan amable de hacer de... ¿Cómo lo llaman ustedes? ¿Árbitro? ¿Juez?

Tenía los ojos muy claros, casi sin color, y sus pupilas eran pequeñas y negras.

—Bueno —titubeé yo—, esto me parece una tontería. No me gusta nada.

—A mí tampoco —dijo la inglesa. Era la primera vez que hablaba—. Considero esta apuesta estúpida y ridícula.

—¿Le cortará de veras el dedo a este chico si pierde? —pregunté yo.

—¡Claro que sí! Yo le daré el Cadillac si gana. Bueno, vamos a mi habitación. Se levantó.

—¿Quiere vestirse antes? —le preguntó.

—No —contestó el chico—. Iré tal como voy.

—Consideraría un favor que viniera usted con nosotros y actuara como árbitro. Se volvió hacia mí.

—Muy bien, iré. Pero no me gusta nada esta apuesta.

—Venga usted también —dijo a la chica—. Venga y mirará.

El hombrecito se dirigió por el jardín hacia el hotel. Se le veía animado y excitado y al andar daba más saltitos que nunca.

—Vivo en el anexo —dijo—. ¿Quieren ver primero el coche? Está aquí.

Nos llevó hasta el aparcamiento del hotel y nos señaló un elegante Cadillac verde claro, aparcado en el fondo.

—Es aquel verde. ¿Le gusta?

—Es un coche precioso —contestó el cadete.

—Muy bien, vamos arriba y veamos si lo gana.

Le seguimos al anexo y subimos las escaleras. Abrió la puerta y entramos en una habitación doble, espaciosa, agradable. Había una bata de mujer a los pies de una de las camas.

—Primero tomaremos un martini —dijo tranquilamente.

Las bebidas estaban en una mesilla, dispuestas para ser mezcladas. Había una coctelera, hielo y muchos vasos. Empezó a preparar el martini.

Mientras tanto había hecho sonar la campanilla; se oyeron unos golpecitos en la puerta y apareció una doncella negra.

—¡Ah! —exclamó él dejando la botella de ginebra.

Sacó del bolsillo una cartera y le dio una libra a la doncella.

—Me va a hacer un favor. Quédese con esto. Vamos a hacer un pequeño juego aquí. Quiero que me consiga dos..., no, tres cosas. Quiero algunos clavos; un martillo y un cuchillo de los que emplean los carniceros. Lo encontrará en la cocina. ¿Podrá conseguirlo?

—¡Un cuchillo de carnicero! —la doncella abrió mucho los ojos y dio una palmada con las manos—. ¿Quiere decir un cuchillo de carnicero de verdad?

—Sí, exactamente. Vamos, por favor, usted puede encontrarme esas cosas.

—Sí, señor, lo intentaré. Haré todo lo posible por conseguir lo que pide.

Después de estas palabras salió de la habitación.

El hombrecito fue repartiendo los martinis. Los bebimos con ansiedad, el muchacho delgado y



pecoso, vestido únicamente con el traje de baño; la chica inglesa, rubia y esbelta, que vestía un bañador azul claro y no dejaba de mirar al muchacho por encima de su vaso; el hombrecito de ojos claros, con su traje blanco, immaculado, que miraba a la chica del traje de baño azul claro. Yo no sabía qué hacer. La apuesta iba en serio y el hombre estaba dispuesto a cortar el dedo de su rival en caso de que perdiera. Pero, ¡idiablos!, ¿y si el chico perdía? Tendríamos que llevarlo urgentemente al hospital en el Cadillac que no había podido ganar. Tendría gracia, ¿no es cierto?

En mi opinión, no habría por qué llegar a ese extremo.

—¿No les parece una apuesta muy tonta? —dije yo.

—Yo creo que es una buena apuesta —contestó el chico. Ya se había tomado un martini doble.

—Me parece una apuesta estúpida y ridícula —dijo la chica—. ¿Qué pasará si pierdes?

—No importa. Pensándolo un poco, no recuerdo haber usado jamás en mi vida el dedo meñique de mi mano izquierda. Aquí está —el chico se cogió el dedo—. Y todavía no ha hecho nada por mí. ¿Por qué no voy a apostármelo? Yo creo que es una apuesta estupenda.

El hombrecito sonrió y tomó la coctelera para volver a llenar los vasos.

—Antes de empezar —dijo— le entregaré al árbitro la llave del coche.

Sacó la llave de su bolsillo y me la dio.

—Los papeles de propiedad y del seguro están en el coche —añadió.

La doncella volvió a entrar. En una mano llevaba un cuchillo de los que usan los carniceros para cortar los huesos de la carne, y en la otra un martillo y una bolsita con clavos.

—¡Magnífico! ¿Lo ha conseguido todo? ¡Gracias, gracias! Ahora puede marcharse.

Esperó a que la doncella cerrara la puerta y entonces puso los objetos en una de las camas y dijo:

—Ahora nos prepararemos nosotros. Luego se dirigió al muchacho:

—Ayúdeme, por favor, a levantar esta mesa. La vamos a correr un poco.

Era una mesa de escritorio del hotel, una mesa corriente, rectangular, de metro veinte por noventa, con papel secante, plumas y papel. La pusieron en el centro de la habitación y retiraron las cosas de escribir.

—Ahora —dijo— lo que necesitamos es un cordel, una silla y los clavos.

Cogió la silla y la puso junto a la mesa. Estaba tan animado como la persona que organiza juegos en una fiesta infantil.

—Ahora hay que colocar los clavos.

Los clavó en la mesa con el martillo.

Ni el muchacho ni la chica ni yo nos movimos de donde estábamos. Con nuestros martinis en la mano, observábamos el trabajo del hombrecito. Le vimos clavar dos clavos en la mesa a quince centímetros de distancia.

No los clavó del todo; dejó que sobresaliera una pequeña parte. Luego comprobó su firmeza con los dedos.

“Cualquiera diría que este hijo de puta ya lo ha hecho antes —pensé yo—. No duda un momento. La mesa, los clavos, el martillo, el cuchillo de cocina. Sabe exactamente lo que necesita y cómo arreglarlo.”

—Ahora el cordel —dijo alargando la mano para tomarlo—, muy bien, ya estamos listos. Por favor, ¿quiere sentarse? —le dijo al chico.

El muchacho dejó su vaso y se sentó.

—Ahora ponga la mano izquierda entre esos dos clavos para que pueda atársela donde corresponda. Así, muy bien. Bueno, ahora le ataré la mano a la mesa.

Puso el cordel alrededor de la muñeca del chico, luego lo pasó varias veces por la palma de la mano y lo ató fuertemente a los clavos. Hizo un buen trabajo. Cuando hubo terminado, al muchacho le era imposible despegar la mano de la mesa, pero podía mover los dedos.

—Por favor, cierre el puño, excepto el dedo meñique. Tiene que dejar ese dedo alargado sobre la mesa. ¡Excelente! ¡Excelente! Ahora ya estamos dispuestos. Coja el encendedor con su mano derecha..., pero espere un momento, por favor!

Fue hacia la cama y cogió el cuchillo. Volvió y se puso junto a la mesa, empuñando con firmeza el arma cortante.

—¿Preparados? —dijo—. Señor árbitro, puede dar la orden de comenzar.

La inglesa estaba de pie, justo detrás del muchacho, sin decir una palabra. El chico estaba sentado sin moverse, con el encendedor en la mano derecha mirando el cuchillo. El hombrecito me miraba.

—¿Está preparado? —le pregunté al muchacho.

—Preparado.

—¿Y usted? —al hombrecito.

—Preparado también.

Levantó el cuchillo al aire y lo colocó a cierta distancia del dedo del chico, dispuesto a cortar. El muchacho le observaba sin mover un miembro de su cuerpo. Simplemente frunció las cejas y le miró ceñudamente.

—Muy bien —dije yo—, empiecen.

El muchacho me hizo una petición antes de comenzar:

—¿Quiere contar en voz alta el número de veces que lo enciendo? Por favor.

—Sí, lo haré.

Levantó la tapa del mechero y con el mismo dedo dio una vuelta a la ruedita. La piedra chispeó y apareció una llama amarillenta.

—¡Uno! —dije yo.

No apagó la llama, sino que colocó la tapa en su sitio y esperó unos segundos antes de volverlo a encender.

Dio otra fuerte vuelta a la rueda y de nuevo apareció la pequeña llama al final de la mecha.

—¡Dos!

El silencio era total. El muchacho tenía los ojos puestos en el encendedor. El hombrecito tenía el cuchillo en el aire y también miraba al encendedor.

—¡Tres!

—¡Cuatro!

—¡Cinco!

—¡Seis!

—¡Siete!

Desde luego era un mechero de los que funcionan a la perfección. La piedra chisporroteó y la mecha se encendió. Observé el pulgar bajar la tapa y apagar la llama. Luego, una pausa. El pulgar volvió a subirla otra vez. Era una operación de pulgar, este dedo lo hacía todo.

Respiré, dispuesto a decir ocho. El pulgar accionó la rueda, la piedra chispeó y la pequeña llama brilló de nuevo.

—¡Ocho! —dije yo al tiempo que se abría la puerta. Nos volvimos todos a la vez y vimos a una mujer en la puerta, una mujer pequeña y de pelo negro, bastante vieja, que se precipitó gritando:

—¡Carlos, Carlos!

Le agarró la muñeca y le cogió el cuchillo, lo arrojó a la cama, aferró al hombrecito por las solapas de su traje blanco y lo sacudió vigorosamente, hablando al mismo tiempo aprisa y fuerte en un idioma que parecía español. Lo sacudía tan fuerte que no se le podía ver. Se convirtió en una línea difusa y móvil como el radio de una rueda.

Cuando paró y volvimos a ver al pequeño hombrecito, ella le dio un empujón y lo tiró a una de las camas como si se tratara de un muñeco. Él se sentó en el borde y cerró los ojos, moviendo la cabeza para ver si todavía podía torcer el cuello.

—Lo siento —dijo la mujer—, siento mucho que haya pasado esto.

Hablaba un inglés bastante correcto.

—Es horrible —continuó ella—. Supongo que todo ha ocurrido por mi culpa. Le he dejado solo durante diez minutos para lavarme el cabello y ha vuelto a hacer de las suyas.

Se la veía disgustada y preocupada.

El muchacho se estaba desatando la mano de la mesa. La inglesa y yo no decíamos ni una palabra.

—Es una seria amenaza —dijo la mujer—. Donde nosotros vivimos ha cortado ya cuarenta y siete dedos a diferentes personas y ha perdido once coches. Últimamente le amenazaron con quitarle de en medio. Por eso lo traje aquí.

—Sólo habíamos hecho una pequeña apuesta —murmuró el hombrecito desde la cama.

—Supongo que habrá apostado un coche —dijo la mujer.

—Sí —contestó el cadete—, un Cadillac.

—No tiene coche. Ése es el mío, y esto agrava las cosas —dijo ella—, porque apuesta lo que no tiene. Estoy avergonzada y lo siento muchísimo.

Parecía una mujer muy simpática.

—Bueno —dije yo—, aquí tiene la llave de su coche. La puse sobre la mesa.

—Sólo estábamos haciendo una pequeña apuesta —murmuró el hombrecito.

—No le queda nada que apostar —dijo la mujer—, no tiene nada en este mundo, nada. En realidad, yo se lo gané todo hace ya muchos años. Me llevó mucho, mucho tiempo, y fue un trabajo muy duro, pero al final se lo gané todo.

Miró al muchacho y sonrió tristemente. Luego alargó la mano para coger la llave que estaba encima de la mesa.

Todavía ahora recuerdo aquella mano: sólo le quedaba un dedo y el pulgar.

ACTIVIDADES

NARRADOR

1. ¿Quién está contando la historia?
2. ¿Qué tipo de narrador es, narrador protagonista o narrador testigo?

ACCIÓN

3. Haz un resumen de lo que ocurre en este relato.
4. ¿Qué sensaciones te ha ido produciendo el relato y qué impresión te ha causado el final?

PERSONAJES

5. Haz una descripción completa (prosopografía y etopeya) de los dos personajes que intervienen en la apuesta?
6. ¿Qué otros personajes aparecen?

ESPACIO

7. ¿Dónde está ambientado el relato?

TIEMPO

8. ¿En qué época tiene lugar el relato (menciona los datos temporales que aparecen en el relato)?

Los últimos pájaros, Sait Faik

Cuando el invierno pone en acción todos sus vientos del norte para establecerse sobre la isla, el verano todavía permanece en la otra parte, sentado como una emigrante un poco triste que todavía no ha liado sus bártulos. Puedo decirlos -y no lo hago para cantar mis propias alabanzas- que nadie ama más que yo a esa joven emigrante de bellos rasgos que espera con el pasaporte en la mano y unas cuantas monedas de oro en el bolso, vacilando entre irse y no irse.

En días como éste, cuando todo el mundo comienza a prepararse para los seis o siete meses de frío que se avecinan, yo -por pereza, o por esa costumbre mía de correr detrás de todo lo que huye- me pongo a perseguir a la joven emigrante, para abrazarla en cuanto pueda alcanzarla. A veces permanece inmóvil a la sombra de un pino, bajo un cielo sin sol, y a veces se muestra con todo su esplendor sobre el césped, junto a los matorrales, como si acabara de nacer.

A este lado de la isla, sin casas, donde el verano, con todo ese equipaje suyo de bultos, jirones y líos, demora su partida, lo único que hay es un solitario café al aire libre.

En ese cafetín, situado apenas diez metros por encima de una caleta, tan minúsculo como la terraza de un piso, todavía se pasean las hormigas sobre las mesas de madera, y las moscas aún se posan sobre los bordes de la tacita de café vacía. El silencio tan sólo es interrumpido de vez en cuando por el paso de algún avión. Según escribía estas líneas me han venido a la mente sus pasajeros, que dentro de poco llegarán al aeropuerto de Yesilköy. Antes también pasaban aviones, pero nunca se me había ocurrido pensar en los pasajeros que estaban a punto de bajar del avión en Yesilköy. Seguramente ya habrán bajado cuando termine de escribir estas líneas.

El dueño es un tipo antipático, tiene el aspecto intratable de un funcionario del Estado. Probablemente no regentaría este café de no ser por su delicada salud y porque los médicos le aconsejaron descanso. En cambio, yo, si no he llegado a ser cafetero, es porque nunca he conseguido un buen café para regentar. Un café al aire libre, o, todavía mejor, el café de un pueblo, con tan sólo unos cuantos parroquianos... ¡qué bonito sería! ¿Qué mejor sitio para dejar transcurrir una vida de cincuenta o sesenta años?

Esa ropa blanca tendida entre dos árboles no va a terminar nunca de secarse con este aire templado y húmedo, como detenido, sin sol. Y ese gato sentado sobre la mesa de madera, ¿cuándo dejará de gruñir a mi perro? Y los calcetines agujereados de color rojo cereza sobre la silla... Las hojas de la parra todavía están verdes. La de nuestro jardín ya se marchitó.

Se va el mar, vagabundeando, hacia la punta de Bozburn. ¿Qué parte de Estambul es la que se divisa a lo lejos? ¿Por qué no me llegan sus sonidos?

Se oye pasar otro avión. Nuestra isla debe de estar en la ruta de los aviones, pues siempre pasan sobre mí o hacia mi izquierda. Se ha callado el gato. Mi perro ha cerrado los ojos. Se escucha un graznido de cuervos. Antes, en esta época del año, los pájaros solían visitar nuestra isla, piando y cantando sin cesar. Llegaban en bandadas, posándose sobre los árboles.

Hace dos años que ya no vienen.

O tal vez vienen y yo no me doy cuenta de su llegada.

Hacia el otoño me atravesaba el corazón la visión de hombres, mujeres y niños, con jaulas en las manos, que ascendían en dirección de la única colina de la isla.

Los adultos llevaban unas varitas extrañas, untadas con una materia viscosa de color caca.

Al llegar al borde de un claro, dejaban la jaula con el cimbél debajo de un arbolito y ataban las ligas a la rama del árbol. Una bandada de pájaros libres dirigía entonces su vuelo hacia el amistoso canto del cimbél dentro de la jaula. Y todos esos tíos, mujeres y niños esperaban agazapados debajo de otro árbol, y, luego, se acercaban lentamente hasta el árbol lleno de pájaros. Cuatro o cinco conseguían evitar las ligas y echarse a volar, sólo por aquella vez, hasta caer en una nueva trampa, mientras la gente atrapaba a los otros pajarillos, cada uno de los cuales es una obra maestra hecha con nada más que un pedacito de carne. Entonces los degollaban en el acto con sus propios dientes y se ponían a desplumarlos cuando todavía estaban calientes.

Uno de los cazadores solía recabar la ayuda de los niños para esa tarea. Él mismo preparaba las ligas desde la noche del sábado... Ese tipo, un hombrecillo llamado Konstantin, era comerciante de cereales y tenía un despacho en Gálata. Había que verlo -con sus muñecas gruesas y peludas, su ancho pecho, las ventanas de la nariz, plagadas de puntitos negros, que se le abrían y cerraban

rítmicamente, el cabello espeso, como si hubiese brotado rompiendo la piel de la cabeza- caminando a pasos cortos con una velada sonrisa en la boca...

Si hubieseis visto cómo arrancaba el cuello a los pajarillos, mordiéndolos con sus propios dientes, cuyas coronas cromadas parecían relucir de satisfacción al pensar en el plato de arroz que iba a preparar con las carnes minúsculas de esos herrerillos de color pardo amarillento...



Sin embargo, era un tipo callado y modesto, que no se vanagloriaba de sus riquezas... Sus vecinos lo estimaban, pues no era amigo de chismes ni tampoco se metía donde no lo llamaban. Si lo hubierais visto corriendo por la mañana a pasos cortos para ir a su trabajo, o bien cuando volvía por la tarde en el barco, con la bolsa de la compra, no habríais pensado mal de él, a pesar de su corpulencia y torpeza, de su forma

de hablar con acento de Karaman, de sus opiniones, simples, pero repletas de sentido común, y de sus bromas, ingenuas pero bienintencionadas, cuando había tomado un par de copas. Era, en suma, uno de tantos otros que llevan una vida acomodada, tranquila y sin excesos.

Pero en otoño, de repente, volvía a convertirse en un monstruo. Tomaba asiento en la popa del barco de las 5:35 de la tarde y miraba el mar con ojos tiernos. Desde finales de septiembre no cesaba de contemplar el cielo de manera poética, hasta que un buen día veríais resplandecerle la cara y los ojos. A lo lejos, por encima del azul turquesa del mar habrían hecho aparición unas gotitas oscuras, unas manchitas pardas que se moverían hacia derecha e izquierda antes de tomar su rumbo.

Konstantin Efendi podía distinguirlas en la lejanía. Entonces, entornaría los ojos, y, al ver los puntitos oscuros alejarse hacia las islas, miraría en torno a ver si había alguien conocido y, guiñándole el ojo, le diría señalando al cielo:

—¡Ya ha llegado el aderezo para el arroz!

Cuando los pájaros pasaban cerca del barco, los llamaba imitando su canto con sus dientes y sus gruesos labios. Recuerdo haber visto a los pájaros dejarse engañar por esa falsa llamada de amistad, venir a dar una vuelta alrededor del barco y, luego, alejarse.

De repente, el tiempo cambiaba, sucediéndose los vientos del norte y del sur, hasta que un día, a finales del otoño, uno de esos días dulces y templados, en los que no sopla un pelo de viento y el cielo permanece festoneado de nubes inmóviles, conseguía no sé de dónde el cimbel de la jaula, avisaba a los niños del barrio y se ponía a recoger del cielo, uno a uno, jilgueros, herrerillos y verderones, mezclados con unos cuantos gorriones, miles de los cuales no daban siquiera un cuarto de kilo de carne.

Hace años que ya no vienen los pájaros; o, mejor dicho, yo no los veo. En cuanto desde mi ventana presiento la llegada de esos hermosos días otoñales, encamino mis pasos hacia las laderas donde calculo que puede encontrarse Konstantin Efendi. Si oigo el canto de un pájaro, se me hiela la sangre en las venas y mi corazón se queda en suspenso. El otoño, sin embargo, con sus madroños, sus nubes morenas blanquecinas, su sol que no quema, su azul en calma, su verdor abundante y sus pájaros, nos hace pensar en la paz, la poesía, el poeta, la literatura, la pintura, la música, un mundo, en fin, en donde ya no existan el hambre ni la envidia, un mundo rebosante de personas felices que se comprenden y se aman. En cualquier país, los que salen al campo no tienen más remedio que pensar en tales cosas al escuchar el canto de los pájaros. Pero Konstantin Efendi nos lo impide. Además, los pájaros han dejado de venir. Tal vez, dentro de unos años su especie se haya extinguido.

¿Quién sabe cuántos Konstantin Efendi hay en cada país? Después de los pájaros comenzarán a atacar también la vegetación.

El otro día, había salido a pasear, guardándome bien de no pisar el césped que crecía a ambos lados del camino. Era uno de esos días de Konstantin Efendi. No se veía un solo pájaro en el cielo. Al salir había colgado la jaula de mi herrerillo de un clavo que hay en la pared de mi casa y le había puesto un higo. El pajarillo me había mirado amistosamente con un ojo y se había puesto a picotear las semillas del higo. No había ningún pájaro en el cielo, pero ambos lados del camino estaban cubiertos de verde... De repente, me di cuenta de que en algunas partes el césped estaba arrancado. Un poco más adelante, me topé con cuatro niños. Iban andando, se paraban donde el césped tenía mejor aspecto y con la ayuda de una zapa arrancaban un trozo del tamaño de una losa y lo metían en un saco.

—¡Eh! ¿Qué es lo que están haciendo? —les pregunté.

— A ti qué te importa —me respondieron.

Eran niños pobres, en andrajos.

—Pero, ¿por qué están arrancando eso, niños?

—Nos lo ha dicho el ingeniero Ahmet Bey.

— ¿Y para qué lo quiere?

—¿Conoces al holandés que vive allí arriba, el que vende pieles? Son para arreglar su jardín...

— Que compre césped inglés para sembrar, puesto que es tan rico...

— El césped inglés no vale nada al lado de éste.

— ¿Os parece que éste es mejor?

— Pues claro, no hay otro mejor. Eso es lo que dice el holandés.

Bajé corriendo a avisar a la policía. Espero que lo hayan prohibido. No obstante siguieron arrancando el césped a escondidas. Ni siquiera le pusieron una multa al ingeniero Ahmet Bey. Parece ser que las normas municipales no tienen previsto multar a los que arrancan el césped a los lados de los caminos.

Primero estrangulan los pájaros; luego, arrancan el césped y dejan los caminos cubiertos de barro.

El mundo está cambiando, amigos míos. Llegará un día en que ya no veréis llegar las manchitas pardas en medio de un cielo otoñal, ni tampoco el cabello verde oscuro de nuestra madre tierra al borde del camino. Eso será una pena, niños, no para nosotros, sino para vosotros. Nosotros, al fin y al cabo, hemos conocido los pájaros y la vegetación. Pero será una calamidad para vosotros, niños. Os lo advierto.